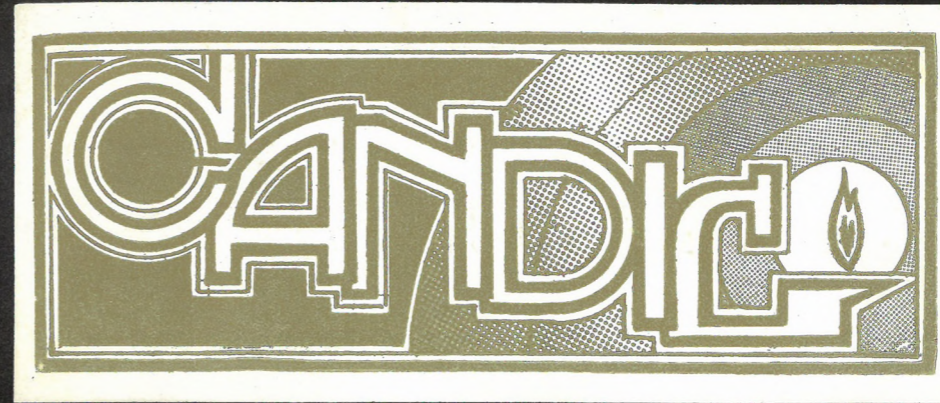
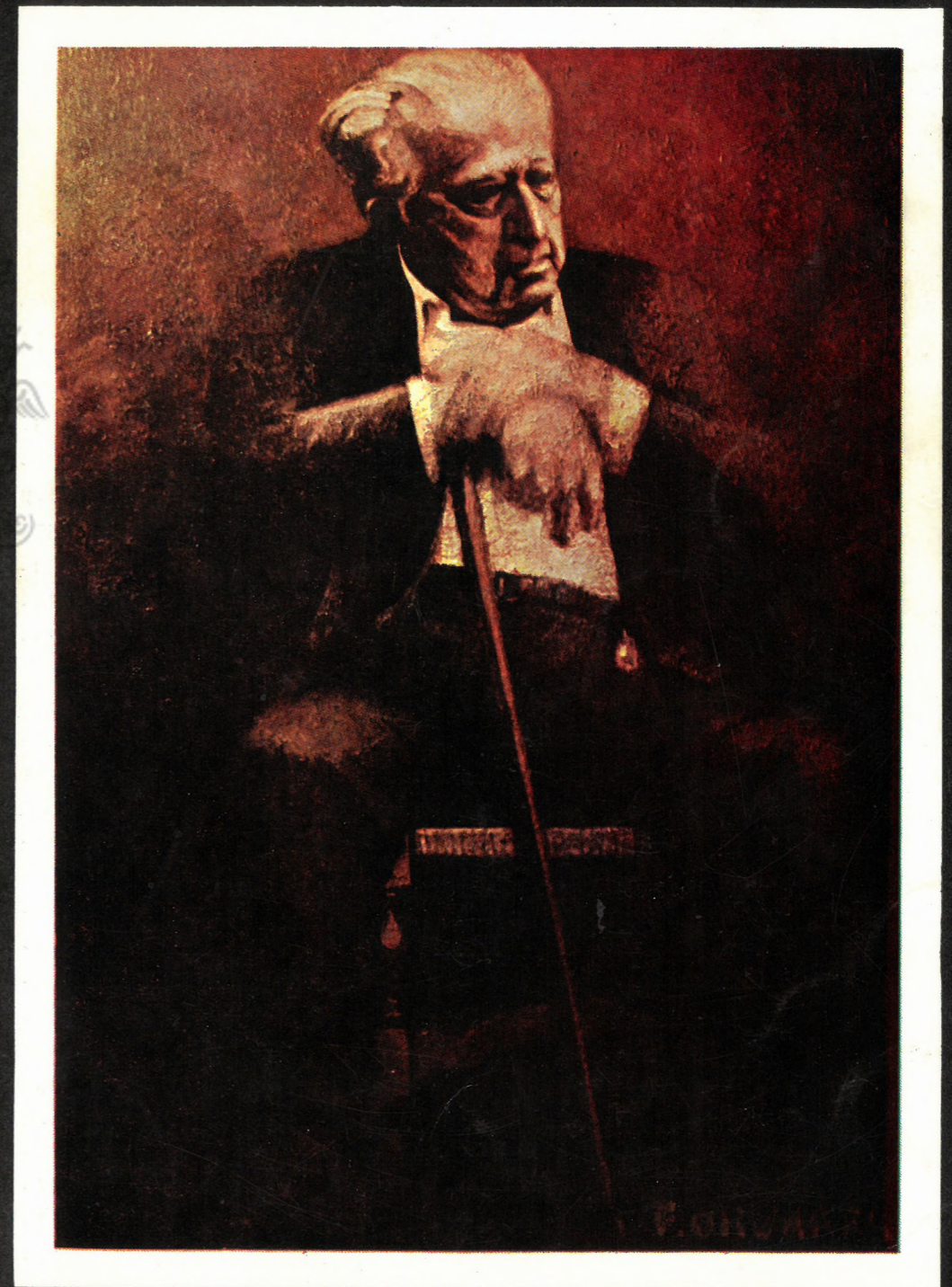
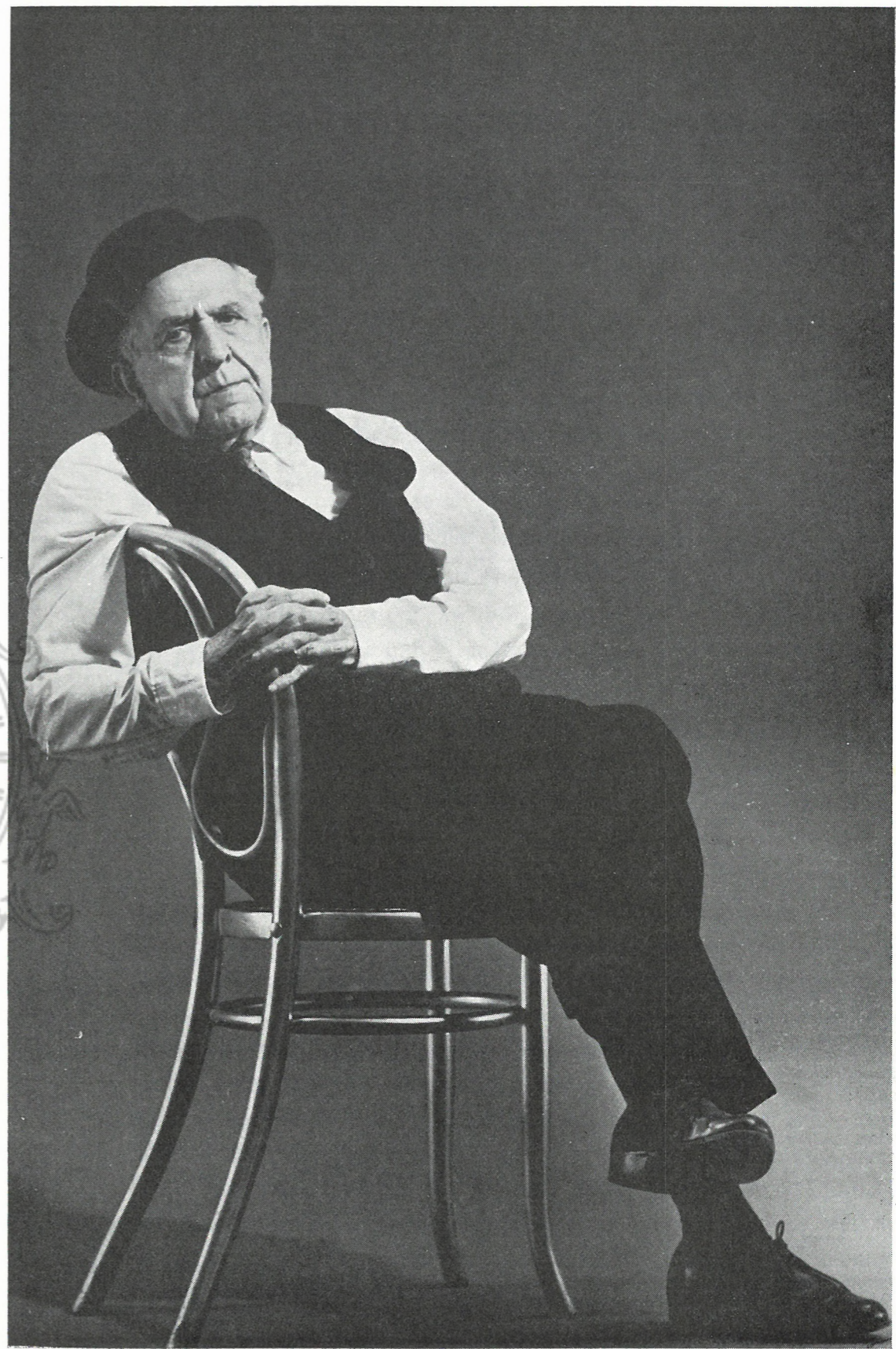


Especial Pepe de la Matrona

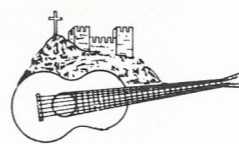


Revista de Flamenco - Peña Flamenca de Jaén - Enero - Febrero, 1981 - Número 13





Especial Pepe de la Madrona



Revista de Flamenco - Peña Flamenca de Jaén - Enero - Febrero, 1981 - Número 13

DIRIGEN:

Ramón Porras
y
Manuel Urbano

REDACTOR JEFE:

Pedro Sánchez Ortega

CONSEJO DE REDACCION:

José L. Buendía, Juan Antonio
Ibáñez, Fausto Olivares, Fran-
cisco Olivares, Juan L. de la
Rosa, Rafael Valera

SECRETARIO:

Joaquín Sánchez

ADMINISTRACION:

Juan J. Carrascosa

GERENTE:

José Cruz García

COLABORADORES:

Alfredo Arrebola, José Blas Ve-
ga, Miguel Calvo, Antonio Es-
cribano, Alejandro Fernández
Cotta, Agustín Gómez, Félix
Grande, Antonio Hernández,
Pepe Marín, Sofía Noel, Anto-
nio Núñez, José L. Ortiz Nuevo,
J. A. Pérez-Bustamante, Fernan-
do Quiñones, Manuel Ríos Ruiz,
R. Rodríguez Cosano, Guillermo
Sena, Francisco Vallecillo y
Manuel Yerga.

PORTADA:

"Pepe el de la Matrona"
Fausto Olivares

FOTOGRAFÍAS:

Fausto y Francisco Olivares,
Archivo «Candil»

ILUSTRACIONES: OLEOS Y DIBUJOS

Gutiérrez Montiel, Fausto Oli-
vares, Antonio Povedano y Luis
Miguel Sánchez.

ANAGRAMAS:

«Vica»

REDACCION Y ADMINISTRACION:

Maestra, 16 - Jaén (España)
Teléfono (953) 23 29 36

EDITA:

Peña Flamenca de Jaén

MARCA N.º 911.293

IMPRIME:

Imprenta Gutiérrez
C/. Gracianas, 8 - Jaén
Depósito Legal: J. - 133 - 1978

SUMARIO:

	Página
Editorial	5
Biografía	7
El «Matrona» en su sitio	9
Loa a mi inolvidable maestro	11
El caso de Pepe el de la Matrona	15
Su cabellera de enhebrado siglo	17
Las letras flamencas de José Núñez	19
El viejo maestro sevillano	21
La memoria anida en su garganta	22
Conversaciones entre cante y cante	23
Un encuentro Sevillano	27
Viejas páginas.-Pepe el de la Matrona nos habla de su cante	29
Persistes tú	31
Glosa y recuerdo de Pepe el de la Matrona	33
Aunque no quepa en el papel.-Bibliografía del Matrona	37
Pepe el de la Matrona.-Notas para una discografía ..	39

NOTA.—«CANDIL» no se hace necesariamente solidario de los puntos de vista contenidos en los artículos firmados. Es, incluso, consciente de que muchos de ellos versan sobre materia controvertida, y por ello invita a los estudiosos de estos temas al debate sobre los mismos.

«Candil» agradece a Cervezas «El Alcázar», S. A., su colaboración en este número.

Editorial

Era necesaria, al menos, esta pequeña muestra de nuestro reconocimiento, este intento de recomponer el arte incomparable y la vida increíble de este viejo maestro que se nos ha muerto. Porque con Pepe el de la Matrona, de algún modo, se ha apagado el último quejío trianero, el último rompimiento de vida, la última verdad palpitante del cante. Después de él, acaso, sólo sea posible la rememoración...

Pepe el de la Matrona: cuántos viejos cantaores, entrañables maestros, han revertido en él, se han asomado a él, tomaron fecunda encarnadura por su voz y por su testimonio.

Desde los dulces ecos chaconianos, hasta el alarido de Manuel, una voz o su sangre, una pasión o su horror, qué desnudez de vida, qué furor de vivir en un cuerpo prendido de anteriores estremecimientos en el reposado nomadeo del cante.

«CANDIL», rompiendo, parcialmente, la norma de sólo acoger en sus páginas trabajos inéditos, ha reunido en este número monográfico, con la autorización expresa de sus autores, el juicio y la perspectiva de muy calificados estudiosos del flamenco sobre el viejo maestro y entrañable amigo que se nos a ido. Pero no está en nuestro ánimo ofrecer exclusivamente un reciente y selecto florilegio. Creemos, muy sinceramente, que si algún valor fundamental habita en nuestras páginas, no es distinto al de las íntimas, nobles e indestructibles vivencias del cante; a esa catarata, a ese terremoto de los pulsos del alma que inunda la recia e inmarcitable copla de Andalucía y que aquí, exclusivamente, tiene su origen y fin en la comunicación, en el poso, que dejara José Núñez en la memoria y el corazón de cada uno de los autores. Por ello, parafraseando a Walt Whitman, creemos que quien vuelca estas páginas toca a un hombre.

Ciertamente, Pepe el de la Matrona, se merece más, mucho más, que lo que este número especial de «CANDIL» pueda contener, nunca darle. Quede, sin embargo, patente nuestra admiración, nuestro respetuoso homenaje al cantaor que hizo del cante crónica puntual de vida, y de su vida, pudimos colegir la misma definición, integral y mágica, del cante.

Electrodomésticos

C O R C H O

Un mundo de soluciones y sensaciones nuevas con

Electrodomésticos CORCHO

Frigoríficos CORCHO

multifrío de alta capacidad que Vd. no tendrá que descongelar nunca

Cocinas CORCHO

integrales pensadas para estar siempre limpias

Lavadoras Automáticas CORCHO

que miman la ropa, dejándola sin arrugas y a punto de plancha

Electrodomésticos CORCHO

para el mundo de hoy

Distribuidor:

SERAFIN ALCALA

Avenida Muñoz Grandes, 14 y 16 - JAEN

Sucursal en BAILEN: Zarco del Valle, 8

BIOGRAFIA

- 1887.-Nace el 4 de junio en el sevillano barrio de Triana.
- 1899.-Primeras actuaciones públicas (3 días) en Burguillos.
- 1901.-Aventuras toreras y actuación en el café de Villamartín. Conoce a Ramón el Ollero, Manuel Cagancho, Juan Pelao, etc. Comienzan sus relaciones con Chacón.
- 1905.-Actuaciones profesionales en Sevilla y provincia, así como en Almería.
- 1906.-Es contratado por un café cantante de Córdoba.
- 1907.-Reside en Madrid. Actúa en el Café del Gato, de allí pasaría al Naranjeros y, posteriormente, a Fornos.
- 1914.-Primer viaje a La Habana (nueve meses).
- 1917.-Segundo viaje a La Habana, México y E.E. U.U.
- 1918.-Actuaciones en Barcelona.
- 1922.-Es contratado por «Los Gabrieles».
- 1936.-Reside en Madrid actuando para los combatientes. En 1938 vive en Barcelona hasta el fin de la guerra civil, que se traslada a Sevilla.
- 1939.-De nuevo en Madrid. Actuaciones en el Villarrosa, y alguna grabación para cine. A partir de estas fechas, fundamentalmente, canta para grupos de aficionados, y es miembro del jurado de diversos concursos.
- 1955.-Graba para «Hispavox» algunos palos de la «Antología del cante flamenco».
- 1956.-Recorre varias veces Francia, Alemania, Holanda, Bélgica, Austria, Inglaterra, Italia, la América hispana, diversos estados de los E.E. U.U., Argel y Túnez. Actuaciones en universidades. Grabaciones en Francia en «Le chant du monde» y «Boite a Musique».
- 1970.-Graba para Hispavox «Tesoros del flamenco antiguo». Obtiene el Premio de la Cátedra de Flamencología de Jerez.
- 1974.-Homenajes en Almería, Cádiz, Jaén, etc.
- 1975.-Aparecen publicadas en «Demófilo» sus memorias, recogidas por J. L. Ortiz Nuevo, «Recuerdos de un cantaor sevillano».
- 1977.-Se suceden los homenajes. Es nombrado presidente de honor del cincuentenario del Concurso de Granada. Actúa en París en el teatro 347 durante cincuenta y tres días.
- 1980.-Fallece en Madrid el 8 de agosto.

CALZADOS ANDALUCIA, S. L.

— MAYORISTAS —

*Saludan a sus clientes
y amigos*

Avenida General Chamorro, 106 - Apartado 17

Teléfonos 55 14 19* - 55 16 33

MARTOS (Jaén)

FURGONETAS
TRACTORES
CAMIONES

EBRO

siempre a disposición de sus clientes

RAMON CALATAYUD, S. A.

Polígono «Los Olivares»

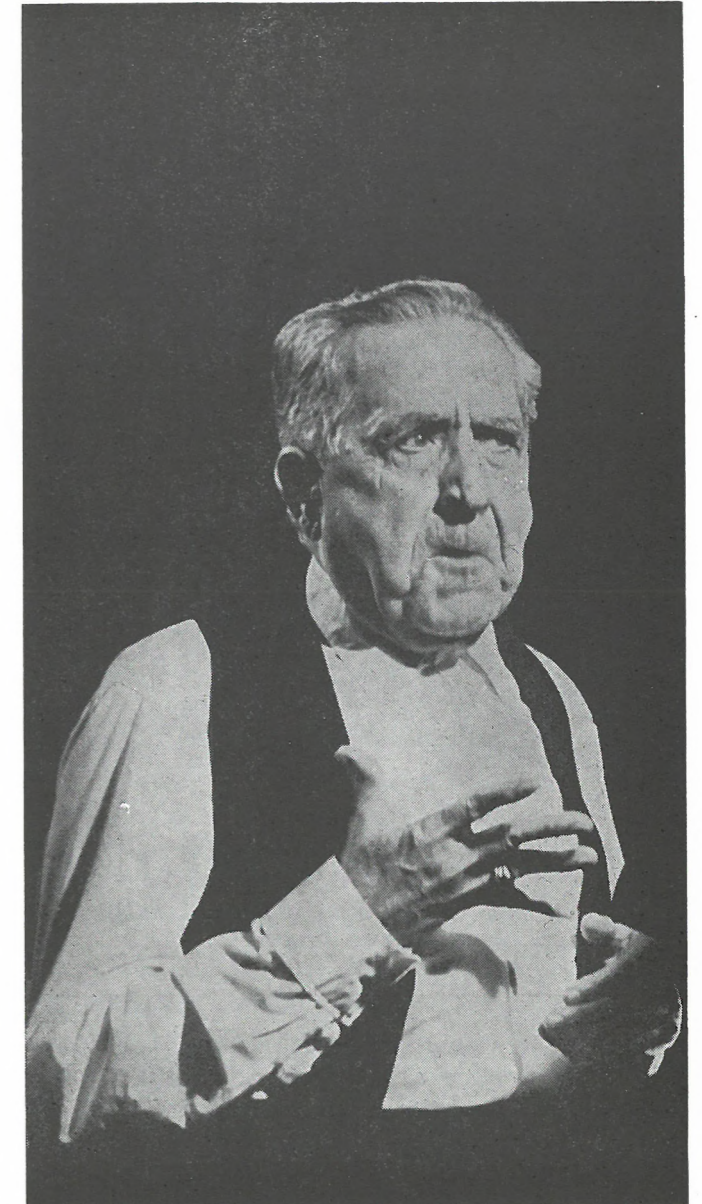
JAÉN

EL «MATRONA» EN SU SITIO

Por Fernando Quiñones

Desde que en la memorable y primera «Antología del Cante Flamenco» (la de Ducreted/Thompson - Hispavox) le oí a Pepe Matrona el grito terrible de su añeja soleá-petenera de Triana, y el primor emocional de sus livianas y serranas (único cantaor él, que ha logrado más que convencerme, conmoverme con ese cante que Aurelio Sellé calificaba como «de cocheros», aludiendo a su monotonía melódica), pude darme cuenta del jondón de arte y de saberes que se apretaba en la garganta y en el corazón del veterano artista, y luego amigo, llamado José Núñez «Niño de la Matrona» y efectivamente niño siempre, niño valetudinario pero hasta última hora, con el corazón fresco, la alegre disposición de ánimo y la capacidad de sencillez y de humor que en todo momento le alejaron de esa pedante actitud habitual en los maestros de su talla y de su edad.

Los recuerdos se apelotonan en mi memoria: Pepe Matrona en su homenaje de Cádiz y en el no menos inolvidable que le rindió Jaén en la Semana Cultural «Avances», cuando, bien ochen-tón ya y después de aguantar un largo tirón de conferencia con coloquio, se metió en la Peña Flamenca jiennense para ofrecernos hasta las tantas el sabor de sus cantes y el de sus añejas memorias sevillanas, madrileñas y de aventurero en ambas Américas (como Silverio Franconetti en la del Sur y, como él, cantaor enciclopédico, pragmático muestrario ambulante de estilos perdidos, o en trance de perderse, y por él rescatados y devueltos, en la misma línea de conservaciones y restituciones cantaoras que seguirían,



después de Silverio, un Chacón, un Antonio Mairena y, en cierto modo hoy, un Menese).

Cantaor, Pepe el de la Matrona, de reuniones y no de teatros, salvo en muy contadas ocasiones, como en París, - años sesenta - junto a Vicente Escudero, su personalidad artística y humana lo configuran para muy largo como un andaluz y persona de primerísima, del que serán muy pocos, entre quienes lo conocieron y lo escucharon, los que van a olvidarlo.

Nada más cabal ni más justo que este homenaje que «CANDIL» le rinde, en el ámbito de Jaén, iluminando aquellos días en su ambiente cultural por la presencia del maestro, y despierto en saber agasajar, darle su sitio y concitar la atención ciudadana en torno a la figura de ese Pepe «Matrona», el cantaor y el hombre bonisimos que, aunque llegó a parecernos refractario al tiempo, acaba de dejarnos para siempre. No así su arte.

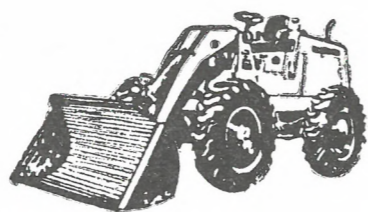
CARBONANTES CALCICOS

Y

ARIDOS

Manuel Mesa

(PARROQUIAS)



TELEFONOS 21 06 71 - 23 27 32 - JAEN

Salón



EUROPA

Servicio: HERMANOS BARRANCO

BODAS

BANQUETES

BAUTIZOS

CONVENCIONES

Esmerado Servicio - Selecta Cocina

Plaza de Belén, 1 - Teléfono 22 47 89

JAEN

MUEBLES JAEN

DECORACION, LAMPARAS Y
ARTICULOS DE REGALO

SILLERIA JAEN

ALQUILER DE SILLAS Y MESAS

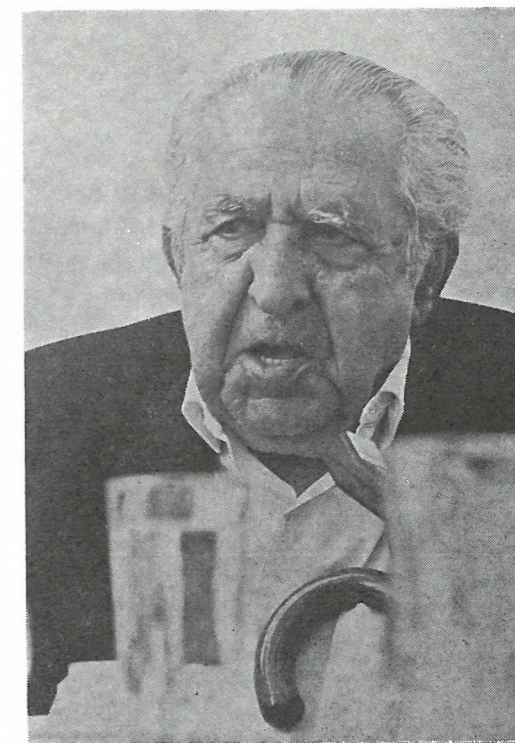
Para toda clase de espectáculos

Virgen de la Capilla, 13 - Teléf. 231333

JAEN

Loa a mi inolvidable maestro

Por Antonio Escribano



Debí poner gesto de asustado cuando me hallé ante aquel cerro de paquetes, carpetas y cosas que debía inspeccionar y seleccionar, pues, Antonia Núñez, hija del difunto «Pepe el de la Matrona», me dijo:

—Le advierto que esto es sólo una parte. Existe, además, un baúl, que cualquiera sabe lo que en él encontraremos.

—No, no es que esté asustado, sino que desearía saber todo cuanto nos espera.

—Pues venga.— Me enseñó una maletita con pequeñas cosas personales: navajas, verdugillos y maquinillas de afeitar; gafas, petacas, pitilleras y utensilios de fumador; plumas estilográficas; agendas y una docena de viejos y nuevos pasaportes. En una gran caja de puros guardaba una cantidad enorme de tarjetas de visita y un sin fin de tarjetas postales de diversas ciudades y países. También, una maleta llena de correspondencia y recortes de periódicos y revistas. Carpetas con fotografías, libros, carteles y un largo etcétera.

Antonia se quejaba preguntándose para qué su padre guardaba tanta cosa y cómo, entre todo aquello, podía aclararse.

—No se preocupe, mujer. De todos modos tenemos que ir revisándolo y, a medida que vayan surgiendo las cosas, formaremos grupos para encontrar con facilidad, en su momento, aquello que en determinada ocasión necesitamos.—

Con paciencia y anhelo nos pusimos —Antonia y mi mujer bajo mi orientación— a leer todo lo que había dejado el inolvidable y viejo maestro. Naturalmente, lo hice a petición de

su hija, la que me solicitó consejo sobre el destino y provecho que aquello pudiera tener. Obviamente que será el mundo flamenco, lo cual sé la satisface, pues su única obsesión, por cierto muy humana como hija, es, que el nombre de su padre perdure y brille por siempre entre los flamencos.

Han sido muchas las tardes que fatigué la vista y contenté el ánimo. Cuántas sorpresas me ha ido deparando todo aquello y cuánto se dejó por decir de Pepe el de la Matrona. Esta larga tarea me ha confirmado una vez más, que lo que un día intuí era cierto.

Hace tiempo presentí, que la mayoría de los estudiosos que acudieron a beber de la fuente del saber de Pepe el de la Matrona la abandonaron —salvo aisladas visitas o consultas epistolares— cuando estimaron que el viejo maestro se repetía.

¡Claro que se repetía! ¿Qué hombre mayor no se repite rememorando su vida? Si al de la Matrona casi siempre se le hacían parecidas preguntas, lo lógico es que las contestaciones fuesen idénticas. Lo contrario hubiese sido mentir. Pero aquel hombre no sabía mentir y fue muy estrechamente lo que le traté para, con toda sinceridad, poder proclamar a los cuatro vientos que Pepe el de la Matrona jamás me mintió. Y no pienso decantarme en este artículo como idólatra del cantaor desaparecido, porque mi idea sobre el hacer de «mi número uno», no existe, ni existirá. Salvo que surja quien tenga lo mejor de todos y, por supuesto, también lo mejor de Pepe el de la Matrona.

Cuando lentamente fuí percibiendo ciertas repeticiones, tanto en sus criterios como en sus respuestas, me planteé la táctica de apartarlo de su crónico itinerario madrileño : Plaza del Progreso, Plaza de Santa Ana, calles de Eche-garay, Núñez de Arce, Cruz, Victoria, alguna más y retorno. Le trasladé al terreno donde le desbordaba. Terreno amplio, enorme, tanto como lo fue el Madrid de su tiempo. Mi Madrid, aunque también lo era suyo por haberlo vivido 74 años.

Un buen día puse manos a la obra tomando por ello cualquier escenario de ese gran teatro que es Madrid. Por ejemplo, plantados en la Red de San Luís le decía: «Maestro de aquí a la calle de Alcalá, la por siempre Gran Vía, en tiempos se llamó del Conde de Peñalver y lo prueba una placa con el día de la apertura y el nombre, que perdura en el número 2. Pero este otro tramo, de aquí a la Plaza del Callao, fue llamada de Pi Margall».

«Eso es que lo has leído, porque lo que es por años, tú ni habías nacido».

«Claro que no; pero soy capaz de derribar la actual Gran Vía y describirle como fue lo viejo. Le desarmaba y aprovechaba su duda diciéndole: «Allá, en el fondo, donde muere la calle del Caballero de Gracia, se formaba una pequeña plazuela que los madrileños bautizaron (gratuitamente) con el nombre de la Paja y a los comedios de la calle eje, estaba la Fonda de Barcelona...»

«Luego, al hacerse la Gran Vía en puestio de esa Fonda, se inauguró el Hotel Roma —me atajaba sin dejarme concluir— y en frente, por la calle de Peligros, estaba el Café Cantante que inauguraron «Pepa de Oro» y «El Macareno...»

—«Muy bien. Si señor, ¿Pero eso hacia Jardines?»

—«¡Claro! Y en calle de Aduana, el Café de la Marina.»

—«Pues le quiero hacer saber, Maestro, que cuando yo fui un chaval, lo conocí siendo un baile de parcheo...»

Podía suceder que, paseando, le hiciera a Puerta de Moros (por elegir otro lugar y repetir la estratagema) hablándole del por qué del nombre; de la plaza vecina del Humilladero, donde se ahorcaba a los condenados a muerte en el Madrid medieval y, disimuladamente, me escurría hacia algo que rrase sus años jóvenes:

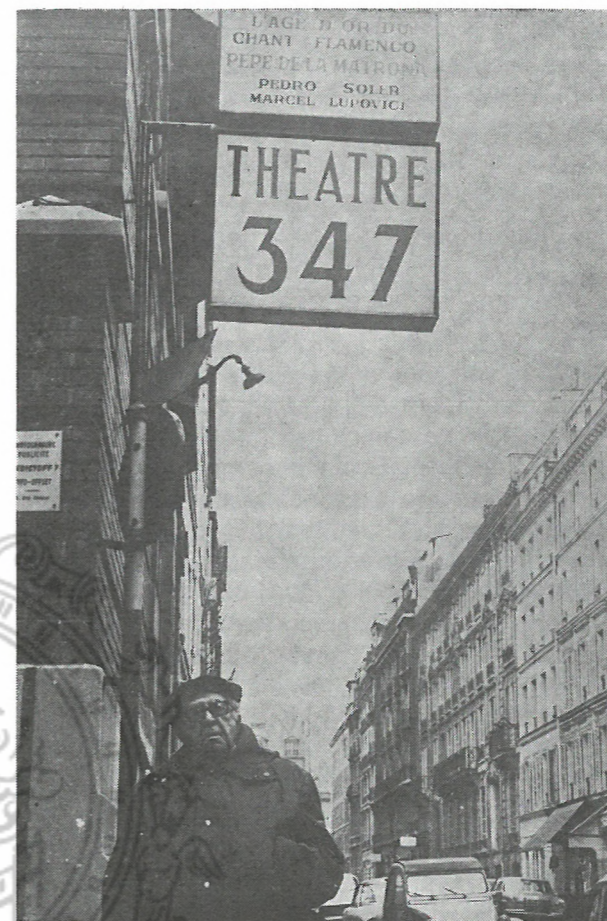
—«¿Vd. habrá parado en el Café de San Millán?»

—«Montones de veces. Casi todas las mañanas cuando terminaba mi trabajo en el Café de Naranjeros, nos íbamos allí a tomar café con churros y charlar con Dicenta, el novelista...»

Otra vez había zarandeado la memoria del maestro y logrado mi propósito. Lo demás sería fácil: le preguntaría sobre «El Macareno», «Pepa de Oro» y todo personaje flamenco que saltase en la charla que premeditadamente había provocado.

Me gustaba hablarle de los cafés de principio de siglo, pues sabía, por haberlo leído en diferentes libros, que oficios y profesiones solían frecuentar determinados establecimientos y casi se puede decir que había un café para literatos, otro para toreros, cómicos o gente del teatro, cambistas y un largo variado. También aquello me dió sus frutos. Y así, entre el costumbrismo y lo flamenco, fuí acumulando un vasto material que no podía despreciar, por lo que un día le sugerí mi vieja idea de hacer conjuntamente un libro sobre el Flamenco en Madrid. Le pareció buena idea y, desde entonces, fuí ordenando por épocas todo lo que sabíamos sobre el Cante Flamenco y los ambientes flamencos de Madrid.

Ahora, al quedarme sólo, tomaré lo que estime interesante de lo por él dejado y ampliaré lo que un día dimos por concluido. Lo único que pretendo es dejar bien sentado que aún queda mucho por conocer del saber flamenco de Pepe el de la Matrona. Ahora, delante de sus cosas queridas, de todas esas postales y cartas, observo lo querido, respetado y consultado que fue: Cartas de Aurelio Sellés, Antonio Mairena, Jacinto Almadén, Pericón de Cádiz, Valderrama, de Manolo el de Huelva,



Manolo Cano, Carmona, Pedro Soler, Montoya, Félix de Utrera, su incondicional Manolo el Sevillano entre otros guitarristas, y Vicente Escudero, Rosa Durán, Pericer etc. Las Peñas flamencas de Jaén, Huelva, Málaga, Córdoba, Cádiz, Sevilla, Granada, Almería, Murcia y más. Unas, invitándole como asesor del Jurado de un concurso; otras, a ser miembro del mismo; aquella, a homenajearle; esta otra, a tenerle entre sus miembros, como la de «Los Tarantos» de Almería. Granada le nombró presidente del cincuentenario de aquel histórico Concurso de 1.922. Los cabales de España sabían que lo más representativo era MATRONA.

Tiene cartas de admiradores insospechados: Alfonso Paso, José María Pemán, González Climent, Ricardo Molina, Serrano Soler, Iñigo, Atualpa Yupanki, de ministros y embajadores, escultores, pintores. Sus tarjetas de visita suponen una colección fabulosa. Las hay muy repetidas: Elías Teré, Blas Vega, Quiñones, Félix Moro, Alcaide, Gayango, Pepe Culata,

Pericón, Aurelio, Escudero etc. y fotos de ellos y con ellos... todo esto muy bien conservado, como muestra de su sentido del aprecio y la amistad. Sabía querer.

Que todos los flamencos en España sepan una cosa: pese a que le fatigué veces y veces con preguntas sobre artistas flamencos, jamás me habló mal de nadie, ni denunció ningún defecto moral que fuese en detrimento de su valor artístico. No le gustaba hablar de la intimidad de la persona, ni tampoco ser preguntado al respecto. ¿Que puede importarle a un flamenco la vida privada de Chacón, Fosforito, La Trini, Frijones o La Parrala? ¿Es que los instintos o la moral inciden en su modo de interpretar?

Posiblemente, algún lector me adivine «amatronao» y él, por el contrario, en su gusto disté mucho de ver brillante o bueno el quehacer flamenco de Pepe el de la Matrona. Todo es respetable; pero en el supuesto de no coincidir, al menos deberá reconocer lo que aquel maestro aportó para la conservación y difusión del Cante Flamenco.

¿Saben que Pepe el de la Matrona grabó toda esta diversidad de estilos?:

Alegrías
Caracoles
Romeras
Rosas
Cantiñas
Bulerías
Tangos de Triana
Tangos de Cádiz
Soleá Petenera
Soleares primitivas
Soleares de Triana
Soleares de Alcalá
Soleares de Utrera
Soleares de Cádiz
Soleares de Paquirri
Caña y macho
Caña de José el Granaíno
Polo y soleá apolá
Polo Tobalo con macho primitivo
Tientos
Petenera
Siguiriya primitiva (Triana)

Siguiyiya de Frasco el Colorao
 Siguiyiya de Cagancho
 Siguiyiya de Manuel Molina
 Siguiyiya de Silverio
 Siguiyiya de Curro Dulce
 Siguiyiya del Loco Mateo
 Siguiyiya de Tomás el Nitri
 Siguiyiyas de los Puertos
 Malagueña del Canario
 Malagueña de Gayarrito
 Malagueña del Perote
 Malagueña de Chacón
 Murciana
 Taranta
 Taranto de Pedro el Morato
 Liviana primitiva
 Serrana con el macho y Siguiyiya de María Borrero
 Rumbas
 Milonga de Pepa de Oro
 Canciones Cubanas
 Fandangos camperos
 Toná del Cristo
 Toná chica y grande
 Debla

No fue continuador de ninguna escuela. Tampoco siguió tradición familiar ni local; y así, sin ser un Pavón, un Caracol o un Talegas, fue de los hombres de su generación (cantaos) y hasta el día de su fallecimiento, el que más erudición flamenca poseyó. ¡El primer cantaor enciclopédico conocido! Y eso es mucho ser...

Por mi mente están pasando muchos artistas con los que tuve la suerte de charlar. Cantar, lo que se dice cantar y para mi gusto, algunos le superaron, pero en lo tocante a sabiduría flamenca, que le haga un lado la Historia... Recuerdo a un ególatra de su propio cante que se llamaba Maestro de Maestros. Con razón, presumía de que bajo su nombre se habían formado los más grandes, y que muchos cantaos le habían llevado las maletas. Lo decía en tono de subordinación y no de modo despectivo. Pepe Marchena, lo que se dice saber de cante, sabía tela y solía decir: De esto el que más conoce soy yo. El único que me aventaja es Pepe el de la Matrona. Es un tanto incongruente ser el que más sabe teniendo a uno por delante de él.

Un mes antes a que le fuese otorgado un grandioso homenaje en el Teatro Monumental de Madrid, Pepe el de La Matrona sufrió un fortísimo ataque de gota, que le privó de las tres cosas que más le gustaban: pasear, beber y fumar.

Otra vez me dijo que ya no cantarí más, que tenía algo que le molestaba en la garganta; y aunque le aseguraron que era de fácil operación, que ya no estaba en edad de hacérsela.

También, por entonces, le salió un contrato fabuloso para trabajar en Brasil en el que ganaría lo que jamás ganó ni había soñado; pero lo rechazó. Sabía que muchos en su lugar hubieran ido a «trincar», pero su ética no se lo permitía. Y así, entre la decepción del homenaje; aquella enfermedad que le redujo a esporádicos paseos, nunca más allá de la Plaza del Progreso y de la de Lavapiés, y dejar de cantar, le hicieron ver palpablemente que su existencia ya no tenía ningún aliciente. Pero olvidaba todo si se le hablaba de Cante, centrando la charla en su último maratón flamenco:

A la edad de 87 años recibió por mediación de Pedro Soler, su guitarrista en Francia, un contrato para actuar durante una semana en el Teatro 347 de París.

A cada cante a realizar por Pepe el de la Matrona, le antecedía un comentario a un poema de «Cante jondo» de García Lorca, por Manuel Lupovici, quien transmitía al francés el compás característico de los versos de Lorca. Al final al maestro se le efectuaba una entrevista cara al público en la que intervenía el auditorio con una corrección impecable y donde el sabio cantaor asombraba por su desenvoltura, su chispa andaluza y su amplio anecdotario. El resultado fue, que aquel contrato de 7 días se prolongó 53. ¡Y todo este alarde de cante y charla con 87 años!

Han sido muchos (por desgracia) los cantaos, que cuando por falta de facultades dejaron de cantar, prácticamente, también dejaron de decir algo flamenco, sobre el flamenco, o para el flamenco. Por el contrario Pepe el de la Matrona, era veladamente invitado (contratado) para enseñar Historia del Cante Flamenco, gracias a su enciclopédico archivo mental, nutrido por una dedicación plena de por vida, lo que administraba con orden y clarividencia.

Recordémosle como quien fue y que Dios le tenga en su Paz.

El caso de Pepe el de la Matrona

José Núñez «Niño de la Matrona», el buen *cantaor* trianero e intérprete de la interesantísima antología discográfica «Tesoros del flamenco antiguo» ofreció en sus últimos tiempos recientes y excelentes recitales en Madrid, uno de ellos en la Casa de Velázquez. El «Niño» en cuestión nació en 1.887; con la *soleá* que él llamara *soleá-petenera* no podían, por falta de facultades, ni muchos de los *cantaos* más jóvenes... No sólo para su edad, sino para la de cualquiera, las condiciones físicas del «Matrona» no dejaban nada que desear y sus años eran casi inverosímiles, sobre todo al cabo de una vida tan ajetreada como la suya y de la que da cuenta el libro «Recuerdos de Pepe de la Matrona», recopilados por José Luis Ortiz Nuevo. Muchos homenajes públicos le fueron rendidos en los últimos tiempos al «Matrona», entre los cuales figuró como uno de los más significativos el de la Semana Cultural «Alcances», en Cádiz. El que se le dedicó en Jaén poco antes, también en el setenta y cuatro, nos traía muy preocupados a los organizadores; el «Matrona» había estado cantando en París, pasó como una flecha por el Madrid en que residía y fue a recibir otro agasajo en Almería, donde cantó y se acostó casi al amanecer durante varias fechas. Los almerienses de la Peña «El Taranto» le llevaron en coche hasta Jaén, donde llegó horas antes de actuar, a tiempo del almuerzo. «Si me echo la siesta, estoy *perdío*», aclaró Pepe, así que, en vez de descansar, posó para el pintor Fausto Olivares, tomó café y se preparó para el acto, donde habló y cantó cosa de una hora. La Peña Flamenca de Jaén lo agasajó por la noche, y el asunto —con más cante— acabó sobre las cuatro de la madrugada; a las ocho y media de la mañana, el «Matrona» movía tranquilamente el azúcar de su *cafelito* en la estación de Jaén, esperando el «Ter» para Madrid, donde llegó menos cansado que muchos viajeros... Hay una razón: es cierto que «Matrona» hizo siempre, de Sevilla y Madrid al Caribe, Francia o Tejas, la dura vida nocturna del *cantaor* de reunión íntima, para *cabales*, pero también es verdad que, aparte de ello, nunca derrochó su salud ni su vida familiar, no abusó de la bebida, no ingresó en ningún caos «populista» o «señoril», aunque bien puede objetárseme que hay muchos que tampoco lo han hecho y que estuvieron o están lejos de conservarse tan bien: todo hay que decirlo.

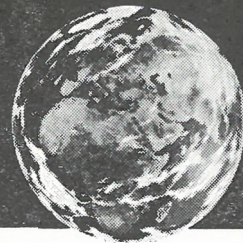


«Pepe de la Matrona», que se negaría siempre a hablar de ello y mucho más a pedirlo puesto que se trató de un dignísimo caballero, se nos fue, sin embargo, falto del homenaje que Madrid no llegó a brindarle, un homenaje rentable y de la importancia adecuada al caso, en un Monumental o un Zarzuela, y que aún podría y debería celebrarse a título póstumo. Cualquier iniciativa al respecto, amén de cumplir un acto de justicia, puede estar segura de verse apoyada por un público amplísimo a poco que estén bien hechas y promocionadas las cosas; Madrid, el Madrid en el que, casi secretamente, para los aficionados de verdad, llevaba tantos años «Pepe de la Matrona» haciendo su arte, no dejaría de volcarse a la convocatoria, como se vuelca a cuantas, con carácter de homenaje o no, se organizan en la capital en torno al ancho mundo flamenco.

Juan Visor

Nota de la Redacción.

El presente artículo, redactado por uno de los más reconocidos estudiosos del cante jondo —quien se oculta por humildad tras el pseudónimo de Juan Visor—, fue escrito en el año 1.974 y con destino a una revista nacional de información general y amplia difusión, y que, por razones que no vienen al caso, no llegó a publicarse. Con las mínimas e imprescindibles correcciones literarias efectuadas por su autor, «CANDIL» se complace en editarlo en este número extraordinario sumándose y haciendo incapié en esta añeja y justa solicitud de J. V.: el merecido homenaje que Madrid le debe, aunque sea a título póstumo, a José Núñez, «Pepe el de la Matrona».



EL MUNDO DEL EXTERIOR UN MUNDO SIN FRONTERAS

A través de nuestra red de oficinas repartidas por todo el mundo, el Grupo Banco Exterior presta a sus clientes un servicio ágil y eficaz, fruto de su experiencia de más de medio siglo de especialización en el comercio mundial.

Líder en el comercio exterior español, el Grupo Banco Exterior de España presta una asistencia integral al exportador.

En cualquiera de las oficinas del Grupo Banco Exterior encontrará la amplia gama de servicios que puede ofrecerle un gran banco de hoy con experiencia de años.

Bancos propios

Banco Español en Alemania, S. A. Alemania
Banco Español en Bélgica, S. A. Bélgica
Banco Español en Holanda, S. A. Holanda
Banco Español en Londres, S. A. Gran Bretaña
Banco Español en París, S. A. Francia
Extebank-Nueva York-EE.UU.
Banco Exterior, S. A. Argentina.
Banco Exterior, S. A. Chile.
Banco Exterior, S. A. Panamá.
Banco Exterior, S. A. Paraguay.

Bancos asociados

Banco Exterior de los Andes y de España, S. A. Bolivia, Colombia, Ecuador, España, Perú y Venezuela.
Banco Exterior de Guinea Ecuatorial y España, S. A. Guinea Ecuatorial.

Sucursales en el extranjero

Banco Exterior de España Miami, EE.UU.
Banco Exterior de España Brasil. (En proceso de creación).

Oficinas de representación

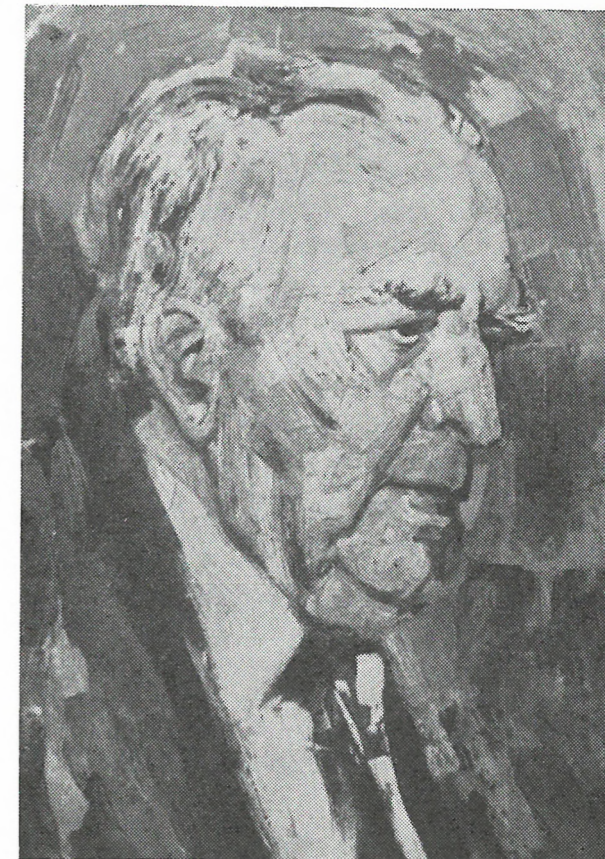
Bogotá, Buenos Aires, Caracas, Guatemala (Centro América y Caribe), Lisboa, Manama (Bahrain), México, Moscú, Nueva York y Sao Paulo.



**GRUPO
BANCO EXTERIOR**
El banco sin fronteras

Su cabellera de enhebrado siglo

Por Félix Grande



(1)

Cuanto más años vive un ser querido, más extraño resulta que se nos muera, que nos deje, que se nos vaya para siempre. Parece como si cuando un hombre sobrepasara la edad normal de irse del mundo se inmunizase contra las leyes de la muerte. Nos hacemos a verlo más anciano que los demás y algo en nosotros nos susurra: si ya ha vivido más que otros, igual nos dura otros cien años. Yo no sé si esto ocurre porque el anciano es mucho anciano o porque nuestro amor es mucho amor. Quizá por las dos cosas y quizá las dos cosas son lo mismo.

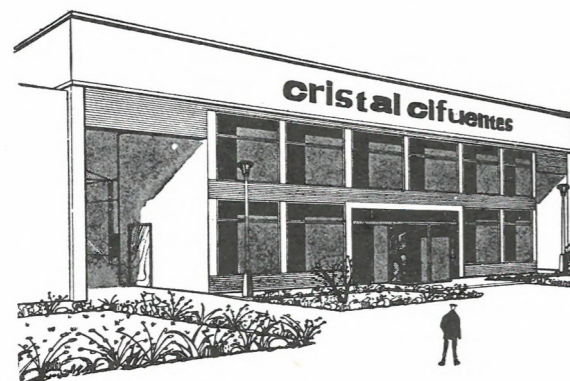
El hecho es que su muerte, tan biológicamente lógica, casi tan esperada, nos deja, sin embargo, absortos, sorprendidos, suspensos: ¿Cómo? ¿Se ha muerto don José? ¡Pero si ya tenía noventa y tres años, si era casi inmortal! Y además —agrega la congoja—, ¿cómo es que se nos muere con tanto como le debemos? ¡No vamos a poder pagarle! Hubiéramos podido seguir pagándole esta deuda arracimados junto a él, escuchando sus cantes u oyéndole contar los sucesos del siglo XIX, que la memoria prodigiosa del cante depositó en su corazón cuando él era un chiquillo.

Hubiéramos podido seguir pagándole esta deuda sentaditos al lado suyo, ofreciéndole a cada rato una *uvita* de vino —él llamaba una *uvita*

a un chorreoncito de buen vino en su vaso—. Permiso, don José: tenga una *uvita*. Y allí, a su lado, con nuestro afecto, nuestro respeto y nuestra gratitud por sus muchos saberes en la difícil cátedra del cante, pagábamos a plazos una deuda que no dejaba de crecer: su generosidad, su esplendidez eran siempre mayores que nuestra gratitud, con ser ésta total. Tratábamos de ser buenos alumnos y la bondad de su maestría nos iba siempre por delante. Pero, al menos, si él estaba presente, rejuveneciendo antiquísimos cantes, o contándonos hechos de tres cuartos de siglo atrás, o memorias de un siglo, podíamos mantener viva la ilusión de que en pequeños plazos pagábamos a este buen viejo por lo menos los intereses de esa cuenta pendiente que crecía y crecía como crece siempre el maestro en el ser de cada «aprendiz de discípulo».

¿Pero ahora? Se ha muerto, está enterrado, no podemos oírle ni cantar ni contar, no podemos hablarle, no podemos ni siquiera entregarle nuestro silencio. Ni siquiera nuestro silencio, don José. Y así se nos agolpa en la conciencia, súbitamente candorosa, súbitamente primitiva, súbitamente rica de inocencia y congoja, de desvarío y de exactitud, esa vieja pregunta irrazonable y radical, disparatada y sabia: ¿por qué se ha muerto usted? ¿Cómo es posible, sí, que con-

(1) Publicado en «El Socialista», 30-IX-80.



FABRICA Y OFICINAS:

Polígono «LOS OLIVARES» - Teléfonos 22 30 00 - 22 30 04 - J A E N

DISTRIBUIDOR OFICIAL DE:

VIDRIO LAMINAR DE SEGURIDAD - ACRISTALAMIENTOS EN GENERAL

TRABAJOS DE ALUMINIO PARA OFICINAS Y TERRAZAS

cluya tanta abundancia? ¿Cómo es posible que caiga por un barranco de desaparición una presencia tan formidable y tan solar? Yo sé muy bien que esta pregunta, que hoy tantos nos hacemos ante el hueco de don José, es infantil, es algo medio loco. Y sé también que hasta el fin de mi vida deseo poder seguir haciendo preguntas como esa; porque este desvarío, que es algo que no tiene lógica, es lo más lógico del mundo. Es no poder decir adiós a los maestros. Pero es que es mal negocio decir adiós a los maestros. Así es la vida de incomprendible y de certera, de rara y minuciosa, de ilógica y de exacta.

NUNCA DIJO ADIOS

El nunca dijo adiós a sus maestros. ¿Por qué ese escalofrío cuando escuchábamos sus cantes? Porque eran suyos y a la vez no lo eran; porque en su señorío cantaor —inconfundiblemente suyo— habitaban diversos señoríos que le llegaban —nos llegaban— desde la misma infancia del flamenco. Cuando Pepe el de la Matrona, don José para los amigos, era talmente así de pequeño, a finales de siglo, su padre lo llevó a que Chacón lo escuchara cantar, le dijese algunas palabras, lo ingresase en la terrible, fidelísima y majestuosa academia de la memoria de los cantes. Y don Antonio lo escuchó (¿cómo hablaría después toda su vida, de Chacón don José!), y además lo llevó a conocer a Franconetti, ¿Recordáis?: es aquel Silverio de quien Federico escribiera que según atestiguaban los ancianos, cuando cantaba siguiரியas, a los espejos se les abría el azogue.

Don José había heredado muchos hilos de aquel buen paño. En su furia sujeta, en la perturbación disciplinada de sus tercios laboriosos libertarios y fieles (fue uno de los más firmes medidores de la esencial, respetuosa desobediencia del flamenco), en su pasión jurídica por la herencia de alto rigor que bebe pausadamente el cante para no dejar de nacer desde lo más remoto de los antepasados, en su exigencia, en fin, en su memoria, se mezclaban don Antonio Chacón y Frasco el Colorao, Cagancho, Franconetti y los Pelao un sinfín de Triana y un borbotón de siglo XIX, algunas siguiரியas que parecían estar mamando furia y pena en la tela de las tonás y algunas

soleares con las que supo establecer una refriega sanguinaria y bellísima entre las canas y la juventud; ¿recordáis lo que nos ocurría cuando Matrona enfurecía y amansaba la habitación al escalar aquella soleá —*Se jundió la Bablonia...*—, ese Himalaya de la soleá donde casi nadie pudo subir, sino este anciano, don José, querido don José? Durante el primer tercio de ese cante desmesurado, que don José domaba desde su violenta vejez, los recónditos huesos de Paco el Sanluqueño, ¿no se movían una mijita debajo de la tierra?

NOVENTA Y TRES AÑOS

Debajo de la tierra están ahora los huesos de Matrona. Durante noventa y tres años, esos huesos caminaron sobre la tierra, escucharon las canas de los cantes y cantaron con canas, porque el viejo aprendió con los huesos, y con ellos y las canas cantaba. Y hoy todas esas canas (¡oh, la cabeza blanca de Matrona, su cabellera de enhebrado siglo!) se nos enredan en el cuello porque no las veremos más, porque no las oiremos más. Y misteriosamente es sólo ahora cuando de pronto vemos las canas de Matrona de un modo tan urgente como un susto y tan grande como una lágrima. Precisamente ahora, que se nos ha marchado con los suyos, nos saltan sus canas y sus huesos, la vejez y la fuerza de su cante, la edad y la energía de su memoria y de su dignidad (ha muerto conversando con la pobreza y viviendo de su trabajo hasta tres décadas más tarde de la edad de la jubilación), precisamente ahora y sólo ahora vemos de modo mágico y brutal que las canas y los huesos del cante no son de nadie y son de todos, y que en ellos el pasado y el hoy y la vida y la muerte están juntos y prietos como un grito. El grito de desconsuelo que nos consuela al escuchar el cante. Y este grito que no acaba de salir de nosotros ante el hueco de don José, el grito de esta deuda que ya está abierta para siempre que no nos dejará decirle adiós. Yo tuve el privilegio de conocerle, ser su amigo, darle un abrazo cuando lo veía. Pepe el de la Matrona fue nuestro privilegio y ahora tenemos que pagarlo, así, con esta pena incomparable, esta alegría rabiosa de no saber cómo decir adiós a lo que ya no muere nunca mientras se nos va para siempre.

LAS LETRAS FLAMENCAS DE JOSE NUÑEZ

Como todo cantaor clásico, repleto de vivencias y vividura, Pepe el de la Matrona construyó un buen número de letras partiendo de la realidad, de sucesos de los que fue testigo o protagonista, «porque yo no tengo capacidad de poeta y tengo que basarme en algo», confesaría. Y desde aquí, inconfundiblemente, arrancan los recios e inenarrables sonos de la verdad, los inimitables y auténticos sabores de lo popular. También, con inigualable acierto, supo engrandecer los poemas de Manuel Machado.

Significadas y significativas son sus letras, no sólo por el mundo que encierran, también por los cantes a que corresponden. Sin ánimo de ofrecer un catálogo total de las mismas y, por lo que hemos podido recoger, las más pertenecen a estrofas de cinco versos; un buen número de soleares, en las que destacan, por su hondura, las de cuatro versos; y unas pocas por siguiரியas. Sea suficiente la siguiente muestra:

*Qué pena más grande
a mí me llegó,
malhaya sean estos malos pasitos
que esta gitana dió.*

*Cuando paso yo lloro
por San Agustín,
porque me acuerdo de la mare de mi alma
que murió allí.*

*Lo que me has jurao,
el perdón yo te lo otorgo,
y de lo pasao, pasao.*

*No te compro más camisas,
porque yo no visto altares
pa que otros digan misa.*

*No se pué decir más,
que lo que quiero decirte
tan sólo con la mirá.*

*Dónde vas de madrugá
con ese pañolón de flecos
y la batita colorá.*

*El cariño de mujer,
qué falso lo hizo Dios;
cuanto más gusto le dás
el desengaño es mayor.*

*Cuando a la cara te miro
yo no sé lo que me da;
porque me creo que tienes
a otro puesto en mi lugar.*

*Tú dices al mundo entero,
que eres águila real;
lo que es menester que limpies
tu conciencia de maldad.*

*Arrepentía vendrás
de roillas delante e mí;
mi retrato de tu mente
ni aún durmiendo se ha de ir.*

*Un ramito de azahar
pintao en un papel verde;
una Antoñita me mata
y una Manuela me pierde.*

*Sola te encuentras en el mundo,
muy sola y arrepentía;
sólo te quea tu cuerpo
pá que te busques la vía
y sufras remordimientos.*

*Tus carnes tú l'has vendío
pá que los hombres las gocen;
el destino te ha llevao
como loca dando voces
por haberme abandonao.*

*Una mujer sin consuelo
como loca se reía
delante su hijo muerto,
porque llorar no podía
de tan fuerte sentimiento.*

*Muerto tengo el corazón
desde que moriste tú;
me llevo de noche y día
llorando al pie de una cruz
con la esperanza perdía.*

*Te tienen que ver mis ojos
por esos mundos de Dios
como una vala perdía
sin tener punto de acción
y en fango siempre metía*

*Al Cristo del Gran Poder
te lo puse por testigo,
a la iglesia te llevé
pá que juraras conmigo
que me habías de querer.*

*Entre jazmines y rosas,
entre nardos y azahar,
es tu aroma más potente
que un navío en alta mar
luchando con la corriente.*

*Con mi yegua cartujana
y cuatro cañas de vino,
mucho parné en la cartera
y Concha la del molino,
me río de España entera.*

*Con mi galga laverdina
y mi yegua entrepelá
me salgo a la serranía
y no hay quien disfrute más
pensando en tí, vida mía.*

*Con mi caballo careto
por la sierra galopando,
contigo en el pensamiento,
mañana de un día claro,
pienso alcanzar el firmamento.*

*Una casita blanca
en medio de la serranía
entre el aroma y las flores,
allí tengo yo metía
el ama de mis amores.*

EL VIEJO MAESTRO SEVILLANO

Por José Luis Ortiz Nuevo



Su fuerza la tenía en el genio y también en la sonrisa: porque cuando se le presentaban las imágenes de la alegría su cara era un prodigio de bondades ingenuamente abiertas como las picardías o las travesuras de los niños: y Andana, uno que le decían Andana y tocaba la guitarra, engañó a su madre y se lo llevó a Burquillos para hacer un bolo y cantar allí en un café, con once o doce años, tan chiquillo que se dormía en un rincón mientras bailaban las mujeres y luego tenían que despertarlo con un caramelo pa que cantara: y durante toda su vida, extensa por los años y las emociones, no hizo otra cosa sino cantar y cantar sin tregua: serían las cinco o las seis de la mañana, desde las diez de la noche del día antes habíamos estao metíos en juerga, fue en una sala de un colegio mayor y cuando ya nos íbamos, serían las cinco o las seis de la mañana, estaba el viejo la mar de bien, puesto en el punto de la amistad y del vino, los ojos casi cerrados mirando adentro, retrepado con el bastón y contando historias, evocando al cante con enamorada pasión: porque el cante fue su novia y a ella se lo dió todo, generoso en las horas de cita, interminables a veces por mor de alguna rareza o extremada afición del que pagaba, y más en aquel tiempo de los cafés cantantes que primero tenías que hacer los pases del teatro y luego meterse en un reservao y venga cante y venga copas, aguardiente que era lo que se bebía entonces, y claro salía uno a las doce el día reventao y por la noche a las diez otra vez en el café y así sucesivamente: en

aquellos dos últimos años gloriosos del cante creador cuando don Antonio Chacón era el emperador y Manuel Torre el genio y Tomás el compás, y Pastora el ritmo y el metal de aquellas voces labradas con fuego de esplendorosas borracheras, viendo venir los días en el tajo de los cuartos y mostradores, haciendo son como desesperados buscadores de la armonía, infatigables para la aventura de jugar y jugar con los tonos: y Pepe, el niño de Manolita, la matrona, lanzaba aquel gemido incontenible de la hundida Babilonia y a ti te faltó el cimiento, como si fuera el rugido de una fiera herida, la voz telúrica de Triana subiendo por las escaleras de la pena a buscar la cima donde está la luz y dejar en ella el último latido de la voz, el testimonio de cuan alta puede ser la expresión de la rabia, en la garganta y en el corazón abiertos por la llama del arte: el que tenía don José Núñez Meléndez, Pepe el de la Matrona, no sólo cantando sino hablando, el más fino conversador que conocí hasta ahora, maestro en la construcción de las frases y en la manera de narrar los hechos, haciendo gala de un exhaustivo y práctico conocimiento del idioma, de su idioma de ser sevillano que nunca abandonó aún a pesar de lo lejos que vivió, desde el año seis pa' siete en Madrid y por el mundo, aprendiendo de todo sin dejar de ser nunca lo que fue: un artista andaluz, un flamenco sevillano, un monstruo de la naturaleza que fue capaz de hacer casi todo lo que quiso y amó y bebió y comió y sufrió y disfrutó lo suyo con el cante siempre en el corazón de la aventura.

La memoria anida en su garganta

(Pepe el de la Matrona)



¿De dónde arranca esa voz, ese golpe pedernal, ese río de cristales por las venas, ese muro enjabelgado de lamentos, esa honda grieta de cales antiguas, esa queja destrenzada que mantiene el compás inmenso del dolor y del sollozo?

¿De qué música vienen esos arapos que acuna en la guitarra con el calor candeal de todas las tahonas del mundo?

¿Quién habita ese pecho desconchado que inunda de frío y de espanto a la madrugada con la herencia del grito de todas las edades enterradas en el Sur?

*¿Qué fragua, qué alfar, amasó el consuelo viril de su cante?
¿Qué presidio, qué amarga soledad, le enseñó a mecer el ahogo, sosteniéndolo, en las espinas ensangrentadas de la copla?
¿Qué roble dio solera a los caminos arañados de su voz sin arrugas, de olivo, venerable y encanecida?
¿Qué vino embriaga el verso de su copla?
¿De qué cántaro, de qué pozo, mana el dulce frescor de su hondura que me sabe a miel añeja y esparto?
¿Qué reloj de arena le marca los tiempos para que la memoria anide en su garganta y el cante se me llene de preguntas?*

Manuel Urbano

Conversaciones entre cante y cante

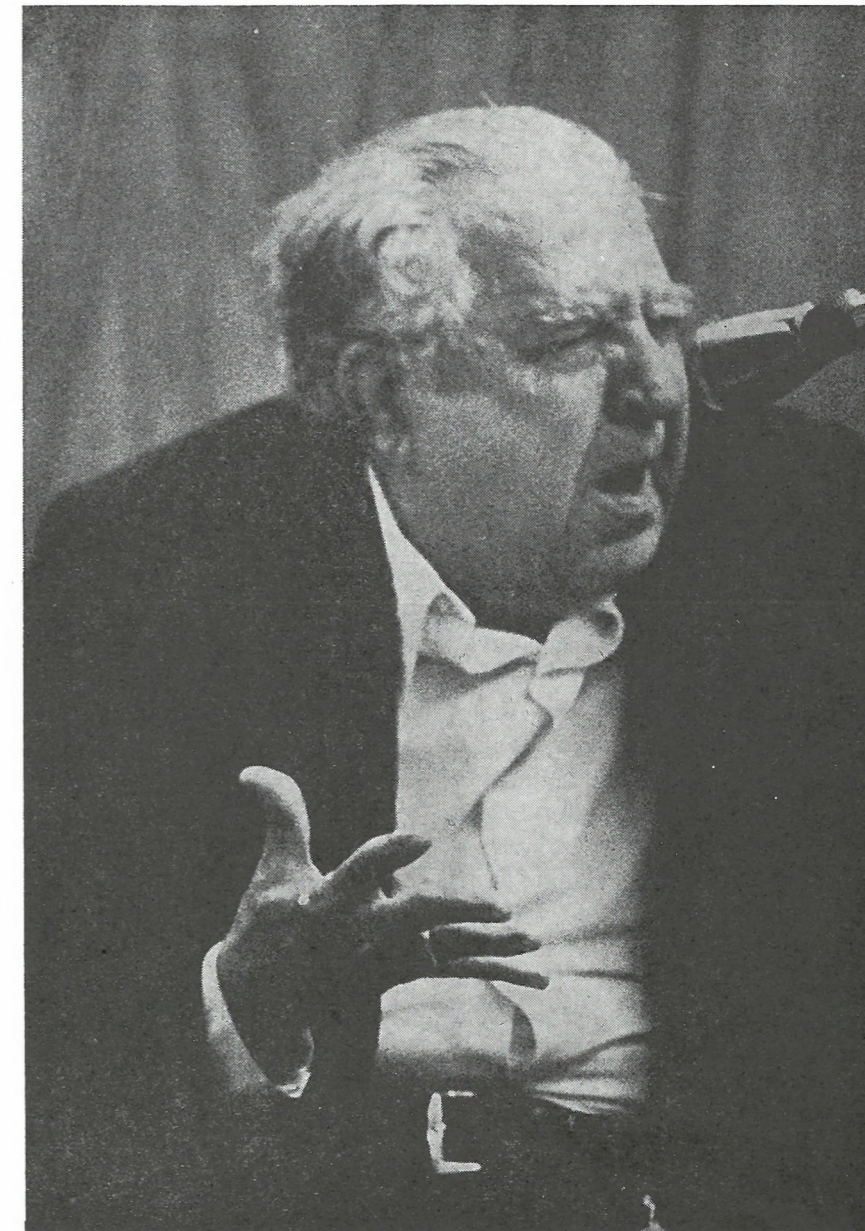
Por José Blas Vega

¿Cuales fueron sus primeros comienzos profesionales?

De los dieciseis a los diecisiete años.

Pero cuéntenos algo de su vida profesional. ¿Cómo empezó a desarrollarse?

Iba a algunos pueblos, «pa» cantar como otro más. Hasta que llegó el Conejo a Sevilla. Era «mataor» de toros, y por la feria hicieron una fiesta, y entró Pepe Villalba en la juerga, y como yo les caía bien a los mayores, porque les respetaba, Villalba me llevó. Era de la provincia de Huelva, de Villalba, y me anunció: «Vais a escuchar a un chiquillo, está por aquí ahora cantando». «Bueno, pues que venga»... Y me llamaron. Gusté. Aquel mismo año, sería por el cinco «pa» el seis, llegó a Sevilla un señor de Córdoba que tenía negocios de juego y se los había suspendido el Gobernador, y le dijo Conejo: «No te apures, hombre —el de Córdoba tenía la Cervecería de la calle Gran Capitán, esquina a Gon-



domar— que tu negocio es bueno y si está «cerrao» el juego, ¿por qué no pones algo de cante para los forasteros? Busca a un chiquillo que ha estado con nosotros cantando, o pregunta por Villalba, que él sabe donde encontrarlo». Fue al Pasaje del Duque y Villalba, que me llevaba a mí veinticinco o treinta años, le contestó: «Sí, hombre, sí, yo le puedo encontrar. Venga Vd., vamos a llamarle». Entonces se puso al habla conmigo. Yo ya estaba comprometido «pa» venir a Madrid, al «Café del Gato», que lo tenía una señora casada con Guerrerito el torero, la llamaban la Igorrota, pero yo no tenía contrato ni nada, simple-

mente estaba apalabrado, y me dicen: «¿Te quieres venir a Córdoba a cantar?» Yo, que estaba deseando que me llevaran a cantar a donde fuera, fui a Córdoba por un mes. Y estuve allí seis; por una razón; porque entonces a Guerrita le respetaban mucho los toreros y Guerrita se puso en la primera fila que pusieron de sillas para oír cantar, y me dijo el amo del café, que era muy amigo de él: «Bríndale una copla, niño». Guerrita era el amo de Córdoba, y se me ocurrió decirle: «Don Rafael, este cante va por usted». Y le cayó bien. Con decirle que me quedé allí y estuve seis meses... Venía por mí Guerrerito el to-

rero. y le decía Rafael El Guerrero: «¿Por qué no nos deja usted al amigo Núñez otro mes?» «Porque está abierto ya el «Café del Gato» y lo necesito». «Déjelo usted aquí, hombre». Y, claro, le hacía caso. De manera que ya tuve yo que decir un día: «Don Cayetano, que Guerrero va a pasar por aquí y me va a dar un tiro. Y me vine a Madrid por el año seis y siete, al «Café del Gato». De allí me fuí a «Naranjeros», con el tocaor Luis Molina, y otro tocaor, Angel de Baeza. Este pasó después al de la calle de la Victoria, en los locales del «Bar Eriña». Empecé en el «Naranjero» por los alrededores de Pascua, del seis «pa» el siete, digo, y cuando llegó el verano le rebajaron el sueldo a todos los artistas y dije al amo del café, marido a lo que fuera de la dueña llamada La Cartagenera: «Antonio, a mi no me rebaja usted el sueldo». «Hombre, es la costumbre, cuando llega el verano, como no se hace «na», pues se les rebaja la mitad del sueldo. «Entonces yo me voy a Andalucía, y en las fiestas de los pueblos voy a ganar, en dos días, más que aquí en una semana. Si usted quiere, cuando llegue el invierno nos ponemos de acuerdo y me vengo otra vez». Y en eso quedamos. Me voy a Sevilla y El Ceniza, picaor que iba con Rafael el Gallo, me llevó una carta de Miguel Borrull diciéndome que se había abierto en Madrid el «Café Fornos» por segunda vez —lo abrieron Tomás Mazzantini, el hermano del célebre Mazzantini, y Bernardo Hierro, otro banderillero de la cuadrilla—. Me decía Borrull en la carta: «Si usted quiere, véngase; en «Fornos» no entran

más artistas que usted, Escacena y Fernando el Herrero». Los tocaores serían él y Luis el Jorobao, que era un hombre «mu» gracioso. «Véngase usted», seguía diciéndome en la carta, «porque aquí va a vivir muy bien y no tiene necesidad de actuar en cafés cantantes ni nada de eso, porque entre «los Gabrieles», que está recién abierto, «Fornos» y «Los Burgaleses», tendremos trabajo de sobra». Y me calenté y me dije: me voy «pa» Madr. Todavía no había llegado el invierno. Yo veía que ganaba el dinero con más facilidad que en un café cantante con cuatro cuadros, donde tenía que cantar a las mujeres «pa» bailar y luego salir a cantar solo, y después las juergas y el mal vino; era morirse o reventar, porque se salía a las once del día y a las ocho de la noche había que estar otra vez allí. A «Fornos» iba entonces toda la aristocracia de España y Europa; se ganaba dinero bien, bien «pa» lo que era la época, porque el hombre que podía asegurar veinte o treinta duros diarios, era una fortuna de manera que me «aveciné» en Madrid y he seguido en Madrid cuarenta y tantos años, sin cantar al público, «na» más que en las reuniones privadas. Así me abría camino. A los cuarenta y tantos años de estar en Madrid, grabé para la Antología de Hispavox, y después empecé a dar la vuelta al mundo, en diez o doce años.

El año once, Chacón se vino de Sevilla a Madrid y me encontré otra vez con él y seguimos nuestra amistad. Después un empresario que llevaba la Compañía de María Guerrero a América todos los años, D. Juan

Iglesias, se hizo muy amigo de Chacón por mediación de un hermano de Díaz de Mendoza, y lo llevó a América. Cuando regresó Chacón estuve con él, en «Fornos» precisamente, lo había yo «buscao mandao» por el Conde Casilla Velasco. Estuvimos de fiesta esa noche. En «Fornos» había unos «reservaos» que se corrían a todo el salón quitando las paredes de los departamentos, y cuando se enteraron que estaba allí Chacón cantando, empezó a venir la gente y empezó el maitre a quitar por mediación de correderas los tabiques aquellos, que separaban los «reservaos», y se hizo uno. Total que fue una fiesta bastante buena. Y por la mañana le dijo Chacón a Miguel Borrull y a mí: «Vamos a ir, que les invito, a almorzar a «Los Gabrieles», vamos a ver a Adrián, el amo». Allí nos tropezamos con un señor que era croupier del Casino Militar, amigo nuestro, y Chacón contó las cosas que le habían «pasao» en Montevideo y de repente le dije: «Antonio, mañana me voy a afeitar a La Habana». Y no fue broma, no, porque fue un hecho, pero yo lo dije en un «sentío» de broma, y Chacón se echó a reír; «Pero, hombre, Joselito». «Lo que le digo, ya lo verá». Cuando se acabó la comida, me despedí de él, todavía seguían creyéndolo broma, y me fui a mi casa, en la calle Jacometrezo y le dije a mi mujer: «Prepárame la maleta que me voy «pa» La Habana». No se lo quería creer. Yo tenía una hermana en La Habana, casada con un compadre mío; yo le había «bautizao» a los dos hijos y en vez de llamarle cuñado nos decíamos compadres. Vendí los muebles,

nos fuimos mi mujer y yo «pa» Sevilla, a despedirnos de mi madre y de mi familia. Saqué allí el pasaje y en un barquito, que le llamaban «Mogador», nos llevaron a Cádiz, donde embarqué. Y a la Habana se dijo. Estuve allí diez u once meses. No es que me fuera mal, pero tiraba la tierra. La Habana era un paraíso. Me vine pero volví otra vez. Estando otra vez jugando a la malilla, con el Jorobao, el tocaor, Chacón y este mismo señor que era «croupier», les dije: «Mañana me voy a ir a tomar café a La Habana, otra vez». Nadie se lo creía, pero repetí el viaje. Esto ya fue en el año 17. Estando en La Habana, de fiesta con dos toreritos que se habían «criao» conmigo, un tal Alcántara que era novillero en Sevilla y se había hecho en Méjico, «mataor» de toros, y un hermano de otro «mataor», que se llamaba Palomar, y que era banderillero, y con Hipólito Villa, hermano de Pancho Villa, en un establecimiento del Parque Central, que lo llamaban la Torre del Oro, donde parábamos todos los andaluces, llegó la autoridad y detuvieron a Hipólito Villa, estaba «reclamao» por los americanos o qué sé yo, en fin, se lo llevaron. Seguimos bebiendo, y preguntándonos «¿qué pasará? ¿qué no pasará?», y me aconsejan: «Por qué no te vas a Méjico, que en Méjico, en la capital, se gana mucho dinero.» Dejé a mi mujer con mis hermanos, cogí la maleta y al barco se dijo. Al llegar a Veracruz busqué la casa que me habían «recomendao», la pensión de un valenciano. Aquel día Pancho Villa se sentó en el sillón de la República, el país estaba revuelto, pero seguí hasta

la ciudad de Méjico, entre voladuras de trenes y de puentes, ¡las que pasé hasta que llegué a la capital! Estuve «escondío», como aquel que dice, veinticinco o treinta días, hasta que salí «pa» El Paso, Texas, «pa» la frontera de los Estados Unidos, donde tenía un hotel un hermano del banderillero que iba a Nueva York, y busqué a mi «cuñado» que era cocinero en

un barco, y me dieron un pasaje hasta La Habana, donde estuve otros ocho o nueve meses. Cuando me vieron entrar de vuelta aquí en Madrid me preguntaron: «¿Hombre, ya has «tomao» café? ¿vienes a tomar la copa de coñac?».

¿Conoció la inauguración de «Los Gabrieles»?

De estos de ahora sí, la anterior instalación, frente a la que hoy es la puerta falsa del Teatro



Español, no. Estaba «Los Gabrieles», en donde hoy la taberna «Viva Madrid», o en la casa inmediata. Cuando yo llegué a Madrid estaba ya de encargado Adrián Quijano. Allí canté y en «Fornos» y en «Los Burgaleses», hasta que pasé a «Villa Rosa».

¿«El Café del Brillante»?

Fue anterior, no lo conocí, en su época había otro en la calle Arlabán, según me contaron. Sí, conocí el de la calle de Echegaray, que luego le decían el «Café de la Viuda», que se lo trasladó a la calle del Gato, al que vine en principio a cantar. Este café de la calle del Gato, lo inauguró el Cojo y el Pena padre.

Entonces, ¿su vida de artista ha estado siempre circunscrita al café cantante y al «colmao»?

Sí, cuarenta y tantos años sin cantar nada más que en

juerga, hasta que surgió grabar la primera Antología, y Vicente Escudero me propuso ir a París con su Compañía. Fuí a Francia y tuve suerte, luego América, en Norteamérica estuve en diez «estaos», después toda Europa; Alemania cinco veces. Holanda otras tantas, Bélgica, Austria, Italia, Inglaterra, Francia. En París grabé en dos casas, en Le chant du monde y en la Boite a musique. Luego vine aquí y aquí estoy otra vez, «avecinao» en Madrid. Cuando me llaman para una fiesta y me conviene, pues acepto, y cuando no me conviene me disculpo.

¿Recuerda alguna anécdota, alguna efémerides con emoción especial?

En Hamburgo fue mi última actuación con el grupo que iba dando recitales. Eran las once de la mañana, y me había «acostao» a las cinco. ¿Cómo voy a cantar? si me acababa de le-

vantar. Ya había «pasao» por Hamburgo unas seis veces. Antes de que levantaran el telón «pa» salir yo cantando, uno de los acomodadores puso la silla y mi guitarra en el escenario, y al abrirse las cortinas, a la guitarra, allí sola, le dieron una ovación, y dije yo, ¿será posible esto? ¡A la guitarra, señores! Me quedé emocionado. Ha sido la única vez que he «llorao» de verdad, de verdad. Y canté, y, por mis nietos, que abrieron veinte veces las cortinas, ¡a las once de la mañana!; y el telón de acero, que no lo abren «na» más que en contadas ocasiones, me lo abrieron tres veces «pa» arriba. Subían las gentes por las candeleras, las familias enteras, llorando por la cara abajo. Yo no he visto emoción más grande «pa» mí, estaba «asustao», ¿esto que es?, me van a quitar «toa» la ropa, y me voy a tener que ir en cueros «pa» España!

Un encuentro sevillano

Por José Luis Buendía López



«Pues verá usted, señor, es Pepe el de la Matrona, el de Manolita la Matrona, la que nos sacó de la tripa de nuestra madre a medio barrio de Triana».

Los farolillos de la ribera hacen guiños a la noche. Sentados junto al bordillo del río contemplamos la figura rechoncha y venerable que tras un «buenas noches», dicho con voz de goma, se aleja con paso juvenil del brazo de un desconocido y en compañía de Daniel «El Cura», mi guía ocasional sevillano por los difíciles senderos, buscones y apicarados, de un poco de cante, mucho vino, y «lo que caiga», como dice Daniel, ahuecando la voz rufianesca con ribetes maliciosos.

Hasta esa hora no había caído nada. Bueno, ha caído la noche y la bruma en el barrio más bonito de Andalucía. Francisco de Paula y yo nos quedamos solos, de serenos invisibles del silencio, impresionados por el breve e imprevisto capítulo que ese viejo, amigo de Paco, acaba de abrir ante nosotros: «Pepe el de la Matrona». Ahí es nada. Y reconoce-

mos que a los dos nos resultaba vagamente familiar ese rostro apergaminado, de indio viejo, y esos dedos rollizos que se ligaban voluptuosamente a un habano, tan habitual en él que parecía un sexto dedo ortopédico transplantado de las Antillas a la mano del cantaor.

Y en seguida la frustración: ¿por qué todo ha sido tan rápido?, ¿por qué Daniel, siempre acaparador se lo lleva, lo secuestra de nuestra admiración, de nuestra disparada curiosidad?...

Tras un rato de charla y de malestar invisible, aunque mal disimulado, subimos las suaves rampas del callejón de la Inquisición y nos disponemos a cruzar el puente, en dirección a Sevilla, cuando una luz medio velada en el bar de Salvador, frente al mercado, con voca nuestra ya rutinaria vocación de «echar la penúltima copa», y levantando el semicerrado cierre metálico, nos topamos de lleno a Daniel acaparando al cantaor con el fondo de dos copas de cazalla y ese mosaico de azulejos amarillos que a mí tan poca

gracia me ha hecho desde siempre.

La decisión está tomada. Ahora es inevitable el sentarse y emprender una conversación a la que no hemos sido invitados. Pero el carácter abierto y magnánimo del buen Matrona, rompe de inmediato el hielo que nuestra osadía juvenil pudiera haber creado en el ambiente. Y surgen ochenta y pico de años de experiencia vital, de viajes fantasmas a través de continentes y de nuestra propia piel de toro. Viajes centrados en una única actividad: el cante. Con insobornable independencia, cantando solo para «según quién».

Con la tranquilidad que proporciona la charla íntima, sin periodistas ni fotógrafos, a la caza de la última parida del genio, va surgiendo la conversación lenta y profundamente, como el cauce del mutilado río que atraviesa la ciudad a cien metros de nosotros. Y el bar de Salvador se transforma de repente en una academia de sabiduría, en un archivo de re-

José Luis López Carmona

SALA DE DESPIECE Y
ALMACEN FRIGORIFICO



Calle Mancha Real, 6 (Polígono los Olivares)

Teléfonos 22 91 00 y 22 91 04

J A E N

cuerdos, a veces en un manual de filosofía vital:

—«He viajao por todas partes del mundo, y no he aprendido na nuevo que no conociera en Sevilla, aparte de ver sitios diferentes. El personal, en tos sitios, lo único que intenta siempre es joer al que tiene al lao, sacarle las tiras si se deja».

¡Cuántos años para llegar a una conclusión tan amarga!, piensa uno, quizá un tanto desilusionado por ver tan de cerca el toro del escepticismo y del cansancio. Pero en seguida la sorpresa. El ánimo grande de Matrona que se reconcilia con la vida y remonta el vuelo con poderío de águila real. Y te sorprende con el chiste, el chascarrillo, la anécdota picante:

—«Aquellas mulatas de San Isidro, en Cuba, bailando la rumba sin ná debajo y con dos tetas como melones. ¡Qué gachises, señor!».

Porque en Matrona todo se trasmuta repentinamente, es a la vez señor de la luz y la oscuridad, príncipe del resplandor y la tiniebla. En medio de la noche aguardentosa surgen temas que a nadie se le hubiera ocurrido proponer. Su charla ampulosa va continuamente de un lado a otro, y aparece de pronto la palabra «Dios», que va creciendo poco a poco, como si avergonzada, surgiera de debajo del velador:

—«Yo creo en Dios pero de una manera muy rara. A veces

lo nombro en un cante y no me entero de lo que estoy diciendo. Otras se me viene el mentarlo en ocasiones en que no pega ni con cola. La vez que más miedo he pasao en mi vida, cuando nos pilló la tormenta, al salir de Nueva York, de regreso a España, ni una vez se me ocurrió acordarme de Dios para nada. Sólo una jinda ma mu grande».

Y Pepe Matrona resumía su sentido de la trascendencia en una frase que, no por nueva ni por original, me estremeció en ese momento, sino por la serena convicción con la que fue pronunciada:

—«La verdad es que de tejas p'arriba nadie sabe ná de ná. Es lo de aquí y a veces es difícil entenderlo».

«De tejas p'arriba». Ante estas palabras solemnes, pronunciadas con tan graciosa ligereza y credulidad, se me abrían de pronto abismos de claridad y comprensión ante el fenómeno de la interpretación popular de muchos misterios religiosos. Quedaba claro que «de tejas p'arriba» es fácil equivocarse, o mezclar un bello sentimiento amoroso con la visión de la gracia divina:

*Ayer pasé por tu calle
y te vide en el balcón
siempre que se mira al cielo
se ve la gracia de Dios.*

Serían las tres de la madrugada. Las cinco personas que dialogábamos, o mejor sería decir, oíamos hablar a Pepe, estábamos pendientes de que

el maestro Matrona desembocara en el cante, que apunta a hacia sus quiebros de voz, ásperos y valientes. No lo quisieron los dioses. Pepe, Don José, el viejo niño de Manolita la Matrona, terminó su faena con media verónica. Sacó a relucir su ya conocida y vieja afición taurina para justificar, con bellísimas palabras, plenas de sentido poético popular, su resistencia a cantar aquella noche:

—«Al cante, como al toro, hay que irle con ganas, por defren-te. Si no se se siente en las venas el picor, la desazón, que produce la necesidad de arimarse, aún a riesgo de la cornada, es mejor quedarse fuera».

Daniel, Paco y yo nos encogimos de hombros. Matrona llevaba razón. Ni se canta ni se torea a destajo. Nos despedimos con un apretón de manos y cuando, pasado el puente, nos detuvimos los tres amigos a darnos las buenas noches, junto al viejo postigo del Aceite, pensábamos con pena que nunca oiríamos cantar en vivo a uno de los intérpretes más verdaderos del flamenco.

Un mes más tarde en Jaén, desde otro arco, el del Consuelo, escribía a mis amigos sevillanos una postal con un texto tan sencillo y entrañable que no lo he podido olvidar: «A las ocho de la tarde canta Pepe de la Matrona en el Colegio Farmacéutico. Luego iremos a la Peña Flamenca».

VIEJAS PAGINAS

Pepe el de la Matrona, nos habla de su cante

Por Ricardo Molina (1)

Hemos aprovechado el paso por Córdoba del maestro Pepe Núñez («Pepe el de la Matrona») para saludarlo y charlar un buen rato sobre cante. La primera noticia que hemos tenido del gran cantaor sevillano fue la exigua que de él nos da el libro de Fernando de Triana «Arte y artistas flamencos». Allí aparece además en una fotografía de hace bastantes años que lo representa en su madu-



rez. Pepe el de la Matrona es en la actualidad un hombre jovial de setenta y tantos años de edad, que mantiene en su carácter y en su conversación el fuego misterioso de una inextinguible juventud. Enamorado de Córdoba, ha permanecido aquí varios días con el sólo amable propósito de conocer la ciudad, recrearse en sus rincones típicos y admirar sus monumentos. El huertecillo de la

taberna de la «Sociedad de Plateros», en la calle María Auxiliadora, fue escenario de nuestra larga conversación con este apasionado amante de los puros cantes tradicionales.

A Pepe el de la Matrona le interesa primordialmente los dos cantes flamencos por excelencia, que son las seguiriyas y las soleares. Conoce y canta una variedad asombrosa de ellas. Entre todos los can-

(1) Publicado en el diario «Córdoba», 13-10-1963.

tes por seguiriyas concede una importancia capital al de «Frasco el Colorao», viejo maestro trianero del siglo XIX que según parece influyó poderosamente sobre aquel titán que se llamó Manuel Molina. Le rogamos que nos apunte siquiera ese cante para que nos hagamos idea de su son y Pepe canta a media voz... Dan las dos, las tres de la madrugada... Y Pepe Núñez nos pone a todos en peligro pidiendo otros medios de «platino». A su edad bebe más que nosotros y no experimenta el menor cansan-

cio. Hablamos de cante interminablemente. Nos explica que está componiendo un extenso libro sobre el cante que pronto verá la luz. En él recoge sus vastas y profundas experiencias. Porque Pepe ha recorrido triunfalmente el mundo y concretamente en Francia lo adoran.

Como gran cantaor y maestro de los cantos gitanos, estima que la cuna de su arte es Triana, donde él nació a final del siglo pasado. Ha convivido con los maestros supremos que se llamaron don Antonio Cha-

cón, Juan Breva, Manuel Torre, Niña de los Peines, Salvaorillo, etc., y testimonia una profunda admiración a Tomás Pavón.

Por la vastedad de sus conocimientos, por su personalísimo arte de cantar en todos los estilos con pureza tradicional, por su dedicación plena al arte flamenco, a Pepe el de la Matrona lo estiman todos los buenos aficionados como una de las raras fuentes donde se puede uno ilustrar sobre los cantos auténticos sin mixtificaciones ni impurezas.

PERSISTES TU

El Pepe el de la Matrona

*La desvincijada voz
entre oración y alarido;
la cadencia de este Sur,
estertorizada siempre,
el son que brama o se humedece
de oceánicas ternuras,
han enmudecido un solo instante,
porque una espadaña,
la más vieja y sonora,
la más llena de pájaros viajeros
destruida está,
y sus ecos bastanteados
con raíces de seculares cicatrices
de históricos estremecimientos,
se nos han muerto;
Pero, un solo instante...
porque la voz persiste
entre tantas depauperaciones
y desgarros.
Persiste el mismo Sur,
las mismas inflexiones del dolor
compartido y devocionado
de mi pueblo,
en otros tremedales.
Y si no persistieran,
la memoria destilaría
una larga menstruación
de pretéritos horrores
para que la voz persista,
con la misma calor
persista el cante,
y tú persistas...*

Ramón Porras

CAFE-BAR

Las Cancelas

*Donde se reúnen
los flamencos*



San Clemente, 38 - Tlf. 23 41 18

JAEN

GARCIA

BICICLETAS

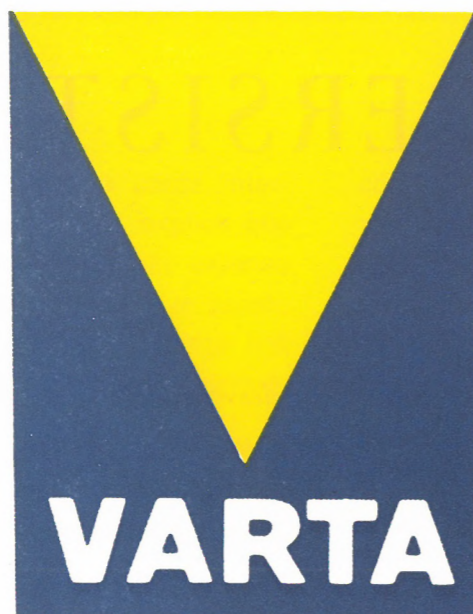
|| ZEUS
|| ORBEA
|| BH

REPUESTOS Y
MATERIAL DEPORTIVO

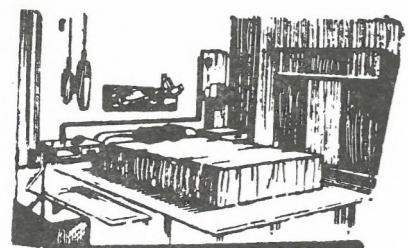
Millán de Priego, 21 - Teléf. 22 66 55

JAEN

BATERIAS



Distribuidor para JAEN: **RAMON SERENO**
C/. Alcaudete, 8 (Polígono Los Olivares) - Teléfono 22 30 63
JAEN



Muebles
JERONIMO

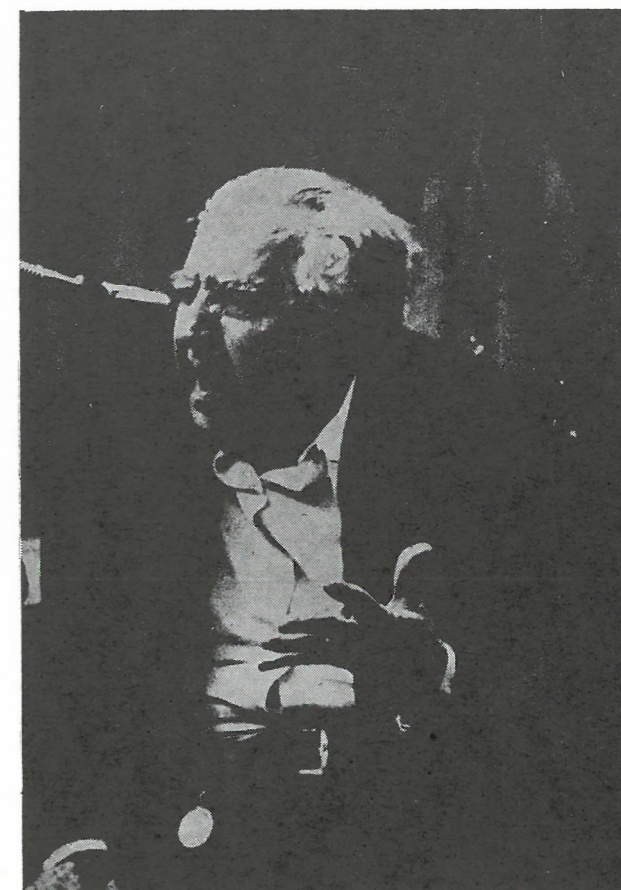
(Jerónimo Garrido Fernández)

EXPOSICION Y VENTA:

Avenida Ruiz Jiménez, 3 - Teléfono 22 17 04 - JAEN

GLOSA Y RECUERDO DE PEPE EL DE LA MATRONA

Por Manuel Ríos Ruiz (1)



Solamente le faltaban siete años para cumplir el siglo a Pepe el de la Matrona, cuando el pasado agosto le llegó la muerte, en este Madrid tan distinto de aquel otro al que arribara el año seis, procedente de su Sevilla natal, después de pasar una temporada en Córdoba, cantándole a Guerrita y hecho «más amigo que un rucho» de Julio Romero de Torres.

Le conocí personalmente en septiembre de 1966, en casa de Carlos Gayango, en la calle Núñez de Arce. Me lo presentó Pepe Blas Vega, que luego sería el productor discográfico de su antología *Tesoros del cante flamenco* (Hispanvox). Y allí estaban con él aquella noche Moscatel, un «toacor» gitano y francés que buscaba promocionarse; don Francisco, maestro de escuela natural de Lucena, que cuenta en un periquete un chorro de «soleares» amorosas; el médico Alfonso Vallejo, quien ya tenía escrita casi toda su dramaturgia, pero sin estrenar todavía; Félix Moro, un vasco amadrileñado que canta abaritonadamente por cables, mi paisano Juanele Calle, con todo el cante de Jerez infuso; Bernardo el de los Lo-

bitos, aún vivo en dicha fecha, con su azoriana fisonomía, y Enriquito Morente, ya bien encaminado en el mundillo del flamenco. Recuerdo la reunión como si la estuviera otra vez viviendo, tal vez porque eran mis primeros días en la capital, días de ansiedad y de búsqueda, y por eso todos los pormenores quedaronme fijados entre la memoria y el paladar. Fuimos del mostrador al sótano. Se habló y se discutió, se apuntaron cantes, mientras que el gitanito francés no dejaba de hacer dedos y pulir falsetas.

Pepe el de la Matrona me impresionó. José Núñez Meléndez tenía una apabullante personalidad y una mente lúcida, sabía del cante la «intemerata». Y me pareció algo así como la salud del flamenco puro. Hacía, entonces, ochenta años que había nacido en plena cava trianera, núcleo gitano de lo más legendario, aunque él «era más payo que un olivo», donde las fraguas y las herrerías, donde los faluchos por el Guadalquivir y hacia Bonanza traían y llevaban coplas de amor, de vida y de muerte, el sitio donde cantó La Andonda, la «soleaera» más remota que registra la histo-

(1) Publicado en «Nueva Estafeta» - Octubre 1980.

ria, y donde El Fillo se quedó hasta morir, legando toda la sustancia de sus tercios y melismas. El Niño de la Matrona creció cuando Triana era un «jerviero» de voces negras; los Caganchos, los Ollero, los Pavones. Y Pepe el de la Matrona los tenía a todos en la cabeza. Y aunque ya le conocía por sus grabaciones de la primera *Antología flamenca*, con Perico el del Lunar a la guitarra, la del año cincuenta y cinco, la que premiaron en París, tuve la ocasión de comprobar su maestría unas noches después, en el mes de diciembre, casi en las pascuas, cuando Eduardo Rojas, el conde de Montarco, nos reunió a un grupo de amigos en el castizo Mesón de Santiago, con motivo de una cena en honor de Pauwels, el teórico de la «ciencia-ficción», que había hablado por la tarde de las musarañas en el Club Pueblo. Después de comer faisán y lechuga, o sea, carne y verde, como las liebres, tocó finamente el artista granadino Manolo Cano, bailó el orondo Edgar Neville unas chufas con Carmen la mesonera, un servidor pronunció algún poema y, finalmente, cuando Montoyita sacaba aires aljiberos de su sonanta, allá a las tantas de la madrugada, Pepe el de la Matrona se elevó a los países del escalofrío. Le cogió en vena. Tanto fue así que hasta nos dijo la petenera *cuadrada* y los cambios «siguiriyeros» de María Borrigo. La biblia en pasta. Me quedé «atragantao», tieso por el repe-luco. Aquello era comparable, aunque en cierto modo distinto, a lo que le había escuchado, siendo niño, a Tío José de Paula en la esquina de mi barrio Santiago, a Valencia el Viejo en el tabanco del Muro, a Paco el de la Melé en la puerta de su fragua de la calle Nueva... Miré a mister Pauwels y estaba cariacontecido, se le habían volado todos los *ovnis* esos del cuerpo y se bebió entero el vino de un buche.

Pepe era un caso, un caso único, un co-bujón de flamenquismo auténtico. Lo veíamos por las calles de este Madrid cosmopolita, internacionalizado, en contraste con tantos bur-gueses artistas «ye-yés» y de tantos «recortai-tos» flamencos de pandereta, y era una reli-quia venerable. Para él los años no eran na-da, solamente experiencia. Caminaba erguido por los alrededores de la plaza de Santa Ana, ante la presencia en piedra de Calderón, por esas calles donde el Fénix Lope y Don Que-vedo adquirieron el halo de lo popular uno, y

el conocimiento de lo trascendente, el otro. Por ahí paseaba Pepe el de la Matrona la sa-lud del cante, y era el cante mismo con bas-tón y mascota de tratante y gesto de *chavalier* andalucísimo, más fotogénico que Ronald Col-man. Por ahí me lo encontraba algunos me-diodías domingueros. Tomábamos una copa, charlábamos de lo divino y de lo humano, porque de «machiri» siempre estaba superior, y al despedirnos se sacaba cinco duros del bolsillo del chaleco y se los daba a mis niños al besarlos. Lo mismo que en Jerez hacía el Tío Parrilla, costumbres del «garlochí» de los antiguos o gestos patriarcales incontenibles, sencillez ingénita, gracias heredadas, abuele-rías verdaderas.



«La verdad es que el cante me mantiene —me confesó en una conversación—. Tal vez porque siempre viví para el cante. El cante es una criatura que se lleva dentro, un em-barazo, algo que hay que querer y entender. Ahora el cante me sostiene así, «pechisaca», como un mozo galleando delante de las *guñis*. A mí me han llevado siempre a todas las juer-gas serias, porque siempre se ha sabido que

yo canto nada más que lo verídico. Cuando el cante es bueno, impresiona. Y lo mismo de atento escucha un intelectual que un salvaje. El cante verdadero es un mensaje que llega y lastima a toda la gente sensible. Claro que el cante es cosa de tres o cuatro, de reunión de amigos, requiere un ambiente y una hora, un tiempo que no se sabe cuál es. Cantar a la llamada de un timbre, con despertador, es una guasa, yo no podría». Por aquellos días estaba impresionando su selección para el futu-ro. «Grabo a mi aire, de madrugada casi siem-pre, cuando me siento con ganas, «entonao», el día que encarta, y que se fastidien los de los aparatos y los cables, porque eso de cantar así porque sí no es lógico. Además, mi respon-sabilidad no me lo permite».

Y ahí están sus grabaciones, sorprendentes para la edad con que las realizó, su cante aus-tero, profundo, mandado y recogido con jus-teza:

*Esgraciaito aqué que come
er pan de manita ajena:
siempre mirando a la cara
sí la ponen mala o güena.*

Aquella noche de 1966 alguien de la re-unión le preguntó: «Pepe, ¿de dónde es, de dónde viene el cante?». Se quedó mirándolo un poco traspuesto, mientras la guitarra lo es-peraba plañendo, derrumbado en la atmósfera del mesón, imágenes de ríos, de canastas y de aperos. Y sin dejar de hacer son sobre la me-sa, sorbiendo el jerez ritualmente, dijo escue-tamente: «De donde el sol».

Y junto a su conciencia «cantaora», a su conocimiento flamenco, su vida. La vida que Pepe el de la Matrona le narró a José Blas Ve-ga, para el folleto que acompaña a su disco-grafía, a sus *elepés*; la vida llena de aventu-ras y de sabrosas anécdotas que le relato a José Luis Ortiz Nuevo, el poeta de Archidona —actualmente concejal del Ayuntamiento de Sevilla—, y que está recogida en ese libro amenísimo titulado *Recuerdos de un cantaor sevillano* (Ed. Demófilo), forjado a base de ro-llos de cinta magnetofónica, los que con tanta ilusión y cariño pasó al papel la cabal Rocío Llo-sent, en los altos habitáculos del Instituto de Cultura Hispánica.

Hoy, y a petición de Luis Rosales, que lo admiraba, hemos recordado un rato a Pepe el de la Matrona, para dejar constancia en esta revista literaria de su literatura cantada. Pero ahora hay que pensarlo no aquí sobre el as-falto, sino en el alto cielo, preguntándole a los alados duendes en qué estela recóndita canta su amigo Monterito el Tísico y baila La Cho-rrúa, porque quiere saludarlos, porque tiene una «soleá» en la punta de la lengua, la ter-rible «soleá» de Miguel Macaca, el que estuvo en la cárcel por mor de un crimen pasional:

*Antes lloraba por verte
y ahora que solo me veo
beso la tierra mil veces.*

Y una paloma señora le acompaña segu-ramente.

TEXYLANA

Tejidos nuevos para
tiempos nuevos

Correa Weglison, 9

J A E N

AGENCIA DE LA PROPIEDAD
INMOBILIARIA



Ruiz López

Avda. del Generalísimo, 8-1.º - Teléfonos 22 58 54 - 22 58 58
JAEN

INDUSTRIAS

EL ANGEL

BLOQUES Y BOVEDILLAS

BORDILLOS, VIGAS PRETENSADAS,
JACENAS, DINTELES Y PILOTES
DE CERCA

◆
FABRICA:

Polígono «Los Olivares» - Teléf. 22 78 00

ALMACEN Y EXPOSICION:

Avda. de las Cruces, 25 - Teléf. 22 36 50

JAEN

Joyeria

CORDOBESA

Agencia ROLEX

Plaza de la Constitución, 11 - Tlf. 234427

Martínez Molina, 3 - Teléf. 233625

JAEN

Aunque no quepa en el papel

Bibliografía del Matrona

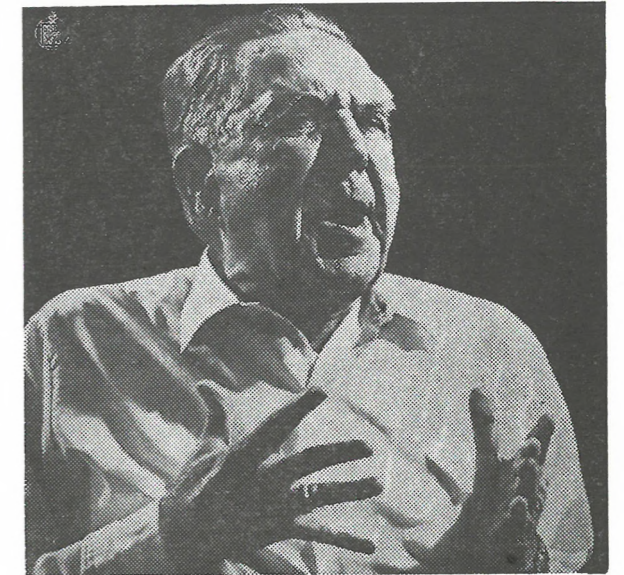
Si bien es verdad que cada vez que muere un viejo cantaor es como si un archivo ardiera, en este caso, la sentida pérdida del Matrona deja tras de sí, junto al espanto de su vacío, la huella-testimonio de una interesante bibliografía en la que el narrador es el propio artista.

Mas si los recuerdos, juicios y biografía del cantaor sevillano despertaron un gran interés por parte de los estudiosos e investigadores flamencos, se impone, por ser de justicia, dejar constancia que el propio Matrona era consciente de la importancia de este caudal para la historia de nuestro arte; de aquí que según confesara a Ricardo Molina en 1.963, se encontraba en plena redacción de sus memorias. ¿Qué fue de ellas? ¿Permanecen inéditas o, por el contrario, fueron utilizadas para otras publicaciones?

El primer documento literario y gráfico que poseemos sobre el Niño de la Matrona es el que proporcionara en 1.935 —como de tantos otros artistas— Fernando el de Triana en su insustituible libro. Después, que sepamos, poco más que el silencio, hasta que Ricardo Molina en las páginas de «Córdoba» se ocupara de él. Hubo de llegar el «boom» de la Antología de Hispavox y, sobre todo, su descubrimiento (?) —a los ochenta y tres años— por la insustituible grabación de Blas Vega, «Tesoros del flamenco antiguo», para que las riadas de tinta, los homenajes, entrevistas, etc. se sucedieran Y aquí, con esto y una vez más, nos encontramos con la grandeza y miseria de nuestro

arte: si José Núñez no supera los ochenta años no se le hubiese reconocido en su valía. ¿Por qué tanta demora para el justo aprecio?

Decididamente, dos son los trabajos monográficos con los que hoy contamos, no sólo para conocer la biografía, andadura y cantes del Matrona; sino para recorrer con ellos una etapa casi igual a un tercio de la historia del cante.

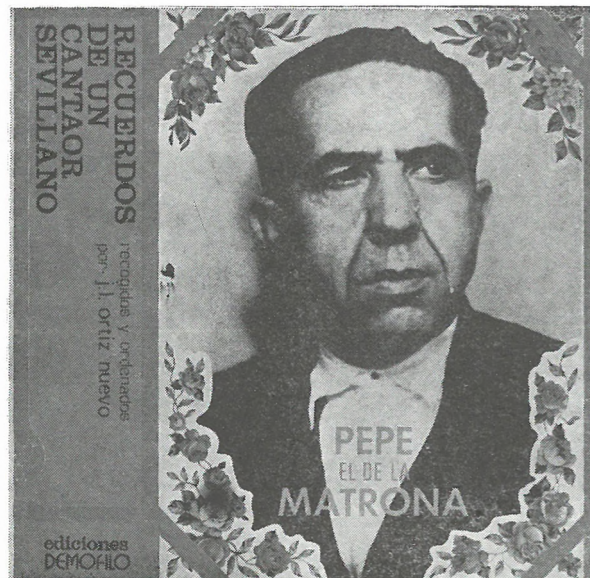


El primero de ellos, «Conversaciones entre cante y cante», es obra de José Blas Vega —a mi juicio, y si el vocablo se me acepta, el primer «matronólogo»—, que acompaña a las grabaciones de «Tesoro del cante antiguo». Un hermoso trabajo que, como el propio título, indica, más que entrevista es una amenísima conversación en la que el cantaor sevillano, a la vez que recuerda y rememora muchos pasajes de su vida, con inigualable sencillez y gracia, nos va dando noticias abundosas de cantaores, cafés de cante, estilos, etc., etc., que ya sólo habitaban en su memoria.

A esta entrega, sucedería en 1.975 el excelente libro, por varias razones, de José Luis Ortiz Nuevo «Recuerdos de un cantaor sevillano», en edición de la meritísima «Demófilo» y bajo los auspicios del Centro de Estudios de Música Andaluza y de Flamenco, con el patrocinio de la Unesco.

Si bien este libro incide en lo ya publicado por Blas Vega, de algún modo se nos viene distinto y a la vez uno. Uno —empecemos por

aquí—, porque Pepe el de la Matrona era constantemente fiel en todas sus manifestaciones; distinto porque muchos de los datos que sólo apuntara Blas Vega, aquí se desarrollaron plenamente, hasta el punto de valernos por toda una panorámica del cante y una apretada y



amenísima biografía de nuestro artista realizada con un estilo coloquial y andalucísimo

que, a no dudarlo, de algún modo abrió caminos en la depauperada literatura del Sur después del bombazo de los «narraluces». Aquí sí, aquí hay narrativa andaluza, y el libro todo un punto a tener en cuenta dentro de la prosa del Sur, aunque como es lógico, quede abierto al debate y a serias revisiones.

Pero, al parecer, con estas publicaciones no se acaba el rastreo literario de la vida y mundo flamenco de Pepe el de la Matrona. Antonio Escribano en estas mismas páginas de «Candil» nos dá la noticia —ni que decir tiene, gozosa— de que prepara un amplísimo trabajo sobre su maestro partiendo de largas conversaciones y del impresionante archivo que dejara el cantaor sevillano. Esperamos, pues, con ansias este anunciado trabajo.

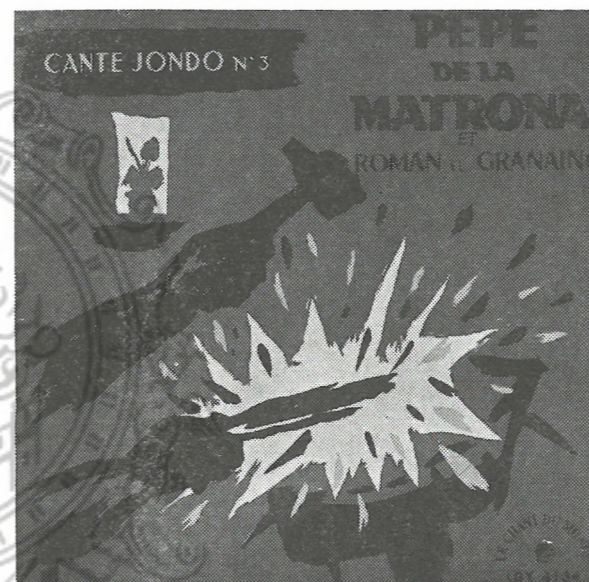
Quede aquí esta apretada reseña sobre la bibliografía de Pepe el de la Matrona, una de las más interesantes y completas de nuestros cantaores y, lo que me parece de mayor interés, de las más enjundiosas por lo que encierra de noticias para la historia de la más hermosa de las artes andaluzas.

Manuel Urbano

Pepe el de la Matrona

Notas para una discografía

Hacer una aproximada valoración de la Discografía de Pepe el de la Matrona, es siempre



árdua tarea y empresa difícil, por cuanto hay riesgo evidente de no saber medir en su justa dimensión una serie de connotaciones que giran en torno a la personalidad de una voz, un estilo. Sí, hay algo que quisiéramos significar y que es factor dominante: Su definitoria categoría artística. El legado de cantes que el recogió en su largo, ajetreado y rico viaje por el mundo, llegan a su decir en personal visión. Los cantes tenían el aire de Pepe el de la Matrona, sin más. Como escribió Agustín Gómez «se trata de la lucha entre la forma preestablecida y la propia personalidad que deforma artísticamente». Deformación que, ciertamente, el cantaor hacía desde la perspectiva de un enjundioso conocimiento. De un saber decir.

*El haberte conocido
mira lo que ha dao lugar
que yo me vea perdido
y tú hecha una desgraciá
porque perdimos el sentío.*

Sin entrar en eternas polémicas de definiciones de estilos, a través de complicados esquemas, quizás por un deseo de prefigurar viejas y desconocidas formas cantaoras en nobles afanes de comunicar un conocimiento, y, sin abundar en su labor interpretativa —altamente reconocida y admirada por el aficionado— expuesta además, en otros estudios, si hay aspectos que quisiéramos destacar en este esbozo valorativo. La Discografía de Pepe el de la Matrona enriquecedora, variada y extensa en contenido —, con visado extranjero, especialmente difundida en Francia, supone para el mundo flamenco, la oportunidad de exponer un valor artístico, una verdad, como contrapunto a la otra Andalucía que se ofrecía a nuestros vecinos. Así, frente a la Andalucía de la «grasia», la pandereta y la juerga, el de la Matrona y otros artistas, depositaban, en las audiencias, otro



AGF

seguros s. a.

Subdirector:

Francisco Barruz Vidal

Avenida de las Cruces, 10
Teléfono 22 09 85 - Particular 22 33 01

JAEN

CAMIONES DE PEQUEÑO Y GRAN TONELAJE
CARGAS COMPLETAS A TODA ESPAÑA

AGENCIA DE TRANSPORTES



JAEN

A. T. 2194

Francisco Barruz Vidal

Avenida de las Cruces, 10
Teléfono 22 09 85 - Particular 22 33 01

JAEN



decir que enlaza con la auténtica raíz de una tierra, de unas gentes. Lo jondo, en su expresión

cantaora, podía apreciarse en los discos «fran-
caises» que contenían la sevillana voz de José
Núñez,

*No se può decir más
que lo que decirte quiero
tan sólo con la mirá.*

Luego, nos vendría la entrañable realidad
de «los tesoros del flamenco antiguo». Dos vo-
lúmenes con sentido y sentimiento. Fue como si
Triana se resolviera en sus viejas voces, cla-
mando, en un grito, las vivencias de una añeja
época que, en gran medida, transcribía el vete-
rano cantaor. Documento sonoro de una vida,
de «una hermosa epopeya del hombre que vivió,
al aire de la libertad, los fecundos territorios
del flamenco».

DOSCANDIL

In-Text-Gar

Industria Textil del Hogar

Cortinas
Colchas
Tapicerías
Alfombras
Rieles e Instalaciones

Rafael Raya Hernández

Correa Weglison, 3 - Teléf. 23 31 24

JAEN

ACADEMIA DE ENSEÑANZA
Básica, Media y Superior

«JOSE LUIS LOPEZ»

Graduado Escolar
E. G. B.
B. U. P.
C. O. U.
Selectividad
Magisterio
1.ºs Cursos Universitarios
Oposiciones Magisterio

Calle Hurtado, 10 - Bajo izquierda

JAEN

*Este número ha sido posible gracias también a la colaboración de
las firmas comerciales siguientes:*

Aislamientos Cruz Carmona

Almacenes de Materiales de Construcción Cañada

Asesoría Laboral León

Boutique Trapo's

Calzados Migolo

Casa de las Guitarras

Comercial Justo

Compañía de Seguros La Patria Hispana

Confitería Barranco

Construcciones Cruz García

Chamburçy

Excavaciones «El Pipi»

Hogar y Moda

Manuel Rubio y Cía.

Mesón «La Reja»

Mesón Tito Adri

Olimar School, English From Zero

Papelería e Imprenta Gutiérrez

